

AB-DEL-MOTRÍ,

ó

GUERRAS FRATRICIDAS.

Drama en cinco actos y en verso, por D. Romualdo de Lafuente, *para representarse en Madrid el año de* 1861.

PERSONAJES.

El Rey D. Pedro.
Ab-del-Motrí, *moro, valido del Rey.*
Agenor de Mauleon, *caballero francés.*
Muzaron, *su escudero.*
Hafiz, *moro, confidente de Ab-del.*
Un oficial castellano.
D. Tello, *mayordomo del Rey.*
Hisem.
Farfan, *conserge del castillo.*
Oliverio, *oficial inglés.*
Doña María de Padilla
Zoraida, *hija de Ab del.*
Juana, *nodriza de doña María.*
Pajes, escuderos, soldados castellanos y árabes.

Primer acto, en el Alcázar de Sevilla. Segundo y tercero, en Soria. El cuarto y quinto, en un castillo del Rey, á siete leguas de Búrgos. Año de 1368.

ACTO PRIMERO.

—

Salon árabe del Alcázar de Sevilla. Tres puertas practicables al foro. Dos laterales en segundos términos. Ventana practicable, que dá al jardin, en último término, á la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

Doña María, *sentada en un diván; y* Juana, *entrando por el foro.*

María. Qué hay, Juana?. .
Juana. Señora, válame Dios!...
A tan horroroso dia,
la noche aumenta el horror.
Está el Alcázar sombrío,
y si se escucha una voz,
paréceme que es el grito
que D. Fadrique exhaló.
El perro fiel, que ha seguido
al infante al panteon,
vá la sangre de su dueño
esparciendo en derredor.
Con su ahullido lastimero
estremece el corazon,
y parece que venganza
pide al cielo en su dolor.
María. Calla, Juana; no prosigas
con tan triste relacion,
que el grito de D. Fadrique
tambien le escucho aquí yo;
y su sangre derramada
veo en la imaginacion,
al través de horrible prisma,
que me llena de terror.
Paréceme que su espectro
se escapa del panteon,
á que en tono amenazante
pide venganza su voz.
Ay! Juana, el remordimiento
nace ya en mi corazon!...
Oh! Quién pudiera al infante
dar la vida que perdió!
Juana. De los actos de D. Pedro,
de hacienda y vida señor,
ni ser fiscal os incumbe,
ni sois responsable vos.
Su Rey y su hermano era;
ofensas propias vengó;
del poder que Dios le ha dado,
él dará cuentas á Dios.
Quién puede del Rey D. Pedro
poner diques al furor?...
Pero él llega... (*mirando á la pta. derecha.*)
María. Vete, Juana.
Juana. (Rugiendo viene el leon.)
(*Se va por el foro.*)

ESCENA II.

Doña María *y* D. Pedro.

Pedro. (*despues de sentarse y observar algunos momentos á doña María.*)
Lágrimas en vuestros ojos,

señora, en este momento,
cuando esperé que el contento
templase vuestros enojos?...
Demandásteis, resentida,
á vuestro mejor amigo
la vida de un enemigo,
y os dió en ofrenda esa vida.
No sufrais, por Dios, quebranto;
si aun otro antojo teneis,
si nueva sangre quereis,
corra, y cese vuestro llanto.

MARÍA. Sois, señor, harto cruel,
pues con sarcasmo terrible
me dais con mano insensible
la copa de amarga hiel.
Si pude, insensata y loca,
tener celos ó ambicion,
nunca sangre el corazon
os demandó, ni mi boca.

PEDRO. Asi el débil sexo es:
muy ardiente en desear,
tímido al ejecutar,
y arrepentido despues.
Si sus deseos vehementes
ven por el hombre cumplidos,
con escrúpulos fingidos
quieren mostrarse inocentes...

MARÍA. Por qué, señor, me culpais,
si son testigos los cielos
que, porque os matan los celos,
á vuestro hermano matais?...
Pretestad con altiveza,
que no sufrísteis baldon
en el preclaro blason
de vuestra augusta nobleza.
De amargos resentimientos
sacad á plaza la historia,
y quizás esa memoria
ahoguen los remordimientos;
y no me culpeis á mí,
que encontrareis mi inocencia
en vuestra propia conciencia:
yo nunca sangre os pedí.

PEDRO. Será cual decis, señora,
estuve con vos cruel...
(*Ab-del-Motrí sale por la puerta del foro y se detiene viendo á doña María.*)
Pero aquí se acerca Ab-del;
dejadnos solos ahora.

AB-DEL. (*desde el foro.*) Si importuna mi presencia...

MARÍA. (*con sarcasmo.*) Señor, os cedo el lugar.

AB-DEL. Solo le podré ocupar,
señora, por obediencia.
(*Adelantándose y saludando con respeto.*)

PEDRO. Hemos de tratar, Ab-del,
un asunto de importancia.

MARÍA. (Oiré á corta distancia
los consejos del infiel.)
(*Se va por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ.

PEDRO. Hoy, con justicia notoria,
sabes, moro, que he obrado;
pero con sangre he manchado
las páginas de mi historia,
y que, con relato infiel,
allá en el tiempo lejano,
dirán que á inocente hermano
mató D. Pedro el Cruel;
sin que nadie ponga dique
á tan injusto criterio,
ni revele el adulterio
que condenó á D. Fadrique.
Me veda el honor dejar
las pruebas de su malicia,
que si abonan mi justicia,
no las puedo declarar.

AB-DEL. Quién podrá al Rey de Castilla,
señor, culpar de tirano,
porque el trono soberano
lavó de torpe mancilla?...
Mas bien los maldicientes
dirán que fué blando el Rey;
que uno solo dió á la ley,
siendo dos los delincuentes;
que ambos á la régia fama
atentaron, y á su nombre,
pero que fué al Rey el hombre
mas temible que la dama.

PEDRO. Moro, quién, al Rey D. Pedro,
temible ha de parecer?...
Ya debe el mundo saber
que yo por nada me arredro.
De una mujer indefensa,
quién osa á la débil vida?
Allá en Medina escondida
llore por siempre mi ofensa.

AB-DEL. A pesar de la arrogancia
con que dictais la sentencia,
de su austera penitencia
la librará el rey de Francia.
Ya sabeis que es su intencion
dar á D. Enrique ayuda,
y en ese apoyo se escuda
doña Blanca de Borbon;
que en el plan que se combina
de hacer guerra á vuestro Estado,
no ha de quedar olvidado
el castillo de Medina;
y en pasando la frontera
el ejército francés,
difícil será despues
guardar vuestra prisionera.

PEDRO. Y cómo justificar
pudiera luego su muerte?

AB DEL. Señor, una prueba fuerte
puede vuestra alteza dar.
Fió D. Fadrique á un paje
la declaracion patente,
que entre el Cézaro corriente
le quitó un moro salvaje.
Bien justifica, señor,
este escrito la venganza:
(*Saca un pergamino.*)
debeis obrar con templanza
con quien hiere vuestro honor?...
No sé cómo vengarán
sus ofensas los cristianos...
O quizá los mahometanos
mas delicados serán;
pero si algun enemigo
asi hablára á una sultana,
fuera venganza liviana
su muerte para castigo. (*Lee el pergamino.*)
«Yo no sé lo que me espera,
»si es la prision ó la muerte;
»si no puedo defenderte,
»te adoraré hasta que muera.

»Porque libre ó en prision,
»señora y amiga mia,
»hasta la última agonía
»es tuyo mi corazon.»
(*Le muestra al Rey el escrito*)
Firmado, mirad, «Fadrique.»
De amor ardiente una ofrenda,
no sé yo quién á su prenda
con mas claridad esplique.

PEDRO. Calla, moro, que tu lábio
de furor me vuelve loco;
ya sé que es la muerte poco
castigo para mi agravio.
Pero hago declaracion
con su muerte de mi ofensa,
y quiero que en nube densa
quede envuelto mi baldon.

AB-DEL. Inútil deseo es,
que D. Fadrique dió cuenta
de su amor y vuestra afrenta
á un caballero francés.

PEDRO. Quién ese arcano profundo
encierra en su corazon?

AB-DEL. El conde de Mauleon
le propagará en el mundo.

PEDRO. Y quién es ese hombre, Ab-del?
Dime en qué punto se esconde;
quiero que, matando al conde,
muera el secreto con él.

AB-DEL Con amistad franca y lina,
aquí acompañó al infante;
mas le creo en este instante
caminando hácia Medina.

PEDRO. Pronto, Ab-del-Motrí, á caballo!...
Llevas mi poder contigo;
parte, y cumple como amigo.

AB-DEL. Cumpliré como vasallo.

(*Ab-del va á retirarse por el foro, y se detiene cuando oye á doña María, que sale por la puerta izquierda.*)

ESCENA IV.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA *y* AB-DEL-MOTRÍ.

MARÍA. Detente, moro... Señor,
(*Se arrodilla ante el Rey.*)
revocad vuestra sentencia,
y libertad mi conciencia
de un horrible torcedor.
Mujer amante y celosa,
á la Reina aborrecí;
y se dirá que por mí
matásteis á vuestra esposa.
Temiendo rival tan fuerte,
de Blanca me habré quejado;
y en esta queja fundado,
me culpareis de su muerte.

PEDRO. Alza, María, del suelo;
conozco tu corazon...
buena ó mala, de esta accion
yo soy responsable al cielo.
Si ambos faltaron al Rey,
justo es que mueran los dos;
que debo dar cuenta á Dios
de la igualdad de mi ley.
Y asi no dirá la fama
que, al manchar ambos mi nombre,
(*Mirando con marcada intencion á Ab-del.*)
maté por temible al hombre
dejando impune á la dama...
Es verdad, Ab-del-Motrí,
que esto es obrar en conciencia?

AB-DEL. La justicia y la prudencia
os lo aconsejan asi.

MARÍA. Oh! Señor, males prolijos
esa muerte causará...
toda su sangre caerá
sobre mí, sobre mis hijos.
Dirán que empujó mi mano
á la vuestra fratricida,
y que yo fuí la homicida
de una esposa y de un hermano.
Evitad remordimientos
que atormentan la conciencia:
apartad de mi presencia
esos espectros sangrientos.

PEDRO. Depon el temor y el ruego:
tú de culpa estás exenta;
que su crimen y mi afrenta
verá el mundo en este pliego.

MARÍA. A muerte, D. Pedro, os plugo
á la Reina sentenciar;
pero no podreis hallar
en Castilla su verdugo.

PEDRO. Ya lo he previsto, señora;
por eso busqué un infiel...
Hará el sacrificio Ab-del.

MARÍA. Maldita la raza mora!...
Adios, señor; que me humilla
la vista del mahometano
que debe teñir su mano
en sangre real de Castilla.
(*Se va por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ.

AB-DEL. Siento ver tan rencorosa
conmigo á doña María;
yo, señor, no la creia
tan adicta á vuestra esposa.

PEDRO. Hoy habla la compasion
en su pecho arrepentido;
siempre María ha tenido
generoso corazon.

AB-DEL. Y vos, sumiso á la ley
de caballero galante,
para cumplir como amante
no cumplireis como Rey.

PEDRO. Inútil la resistencia
es á mi resolucion.
Parte al momento á Sidon,
y cúmplase la sentencia.
(*El Rey se va por la derecha del foro.*)

ESCENA VI.

AB-DEL-MOTRÍ.

Sangre me mandas derramar, D. Pedro:
sangre derramaré, yo te lo fio;
que si esclavo obediente me he mostrado
y obedezco tus órdenes sumiso,
es, soberbio leon, porque siguiendo
paso á paso tu huella, he concebido
que en el lazo sutil que te preparo
has de quedar á mí poder cautivo.
De tu sultana sufro los desprecios,
y mi cabeza en tu presencia humillo,
leyendo astuto en la soberbia loca
cuanto habeis en el alma retraido.

La esposa muera hoy... luego la dama...
Traiga Enrique la guerra á tus dominios;
de Zoraida el amor arda en tu pecho,
y entonces, Rey, doblegaré tu brio.
(*Se acerca á la ventana.*)
Qué veo!... Es el Rey!... Si; de mi Zoraida
pretende acaso entrar en el recinto!...
Parado está al dintel, y hácia sus rejas
fulmina en su mirar rayos lascivos.
Arda en tu corazon el fuego intenso
de amorosa pasion, que yo te fio
que si dueño has de ser de mi Zoraida
te ha de costar un trono el conseguirlo.
Oh! grande Alá!... Tú ayudas mis deseos:
á la Padilla en su ventana miro,
que cual celoso tigre está velando
del veleidoso amante los designios!...
Guerra en tu Alcázar, y en tus pueblos guerra...
Mi consejo y mi esfuerzo irá contigo:
á tu amor otro amor pongo en campaña,
y al pueblo nazareno, el pueblo mio.
La Francia á D. Enrique presta ayuda,
y el inglés á D. Pedro saldrá unido;
se amenguarán las fuerzas una á otra,
y el árabe despues vendrá en mi auxilio.

ESCENA VII.

AB-DEL-MOTRÍ *y* HAFIZ, *que sale por el foro izquierda.*

HAF. Señor, la favorita de D. Pedro
espera que la otorgués tu permiso
para ver á Zoraida.
AB. Hafiz, qué dices?...
No sabes que vedada aun al Rey mismo
está la entrada al pabellon sagrado?...
HAF. Eso mismo, señor, he respondido;
pero insiste furiosa en su demanda.
Dime si á su poder cedo ó resisto.
(*Despues de una pausa.*)
AB. Di á esa altiva cristiana, que la espero;
y á Zoraida dirás, que he concedido
á la mas alta dama de palacio
que admire su nobleza y sus hechizos;
que aconseja la rígida etiqueta
recibir la visita en este sitio.
Tú la acompañarás, y con tu gente
guardarás los cercanos pasadizos.
Ninguno aquí ha de entrar.
HAF. Ni el Rey?
AB. Yo voy á verle ahora, que es preciso
de Sevilla partir, y su real vénia
debo obtener cual obediente súbdito.
Harás que la litera esté dispuesta,
pues Zoraida, cual siempre, ha de seguirnos,
y la escolta tambien. Árabes solo;
árabes nada mas...
HAF. Sereis servido. (*Se vá.*)

ESCENA VIII.

AB-DEL-MOTRÍ.

AB. Insiste en ver á su rival!.. Comprendo...
Querrá medir prudente su peligro:
verá un coloso entorpecer su marcha
y empleará su esfuerzo en destruirlo.
Y lo podrá lograr? .. No: es castellana:
falta á su corazon velo sombrío,
y ha de arrojar al lábio la soberbia
los planes que su astucia ha concebido.
Ella pretende conocer el fuerte
que opone á su poder el enemigo...
Si el esterior la cede mi política,
la máquina está aquí de su esterminio.
(*Señalando á su frente.*)
Hoy me toca ceder; fuera imprudencia
irritar su altivez, que aun no ha perdido
el favor de su dueño, y me conviene
demostrar mi humildad á su albedrio.
(*Entra doña María por el foro izquierda.*)

ESCENA IX.

DOÑA MARÍA, AB-DEL-MOTRÍ.

MAR. Moro, eres tú quien mi atencion reclama? ..
Pretende disculpar tu lábio impio
la rebeldía con que tus esclavos
mi deseo cortés han resistido?...
AB. Perdonadme, señora; siempre esquiva
os vé con él vuestro mejor amigo.
Yo nunca os ofendí; mas bien constante
en favor vuestro empleo mis servicios.
Sois de mi Rey el dueño idolatrado,
y yo á mi Rey y á vos siempre adherido,
al tálamo y al trono he de elevaros
sin tropezar en ilegal camino.
MAR. Pero al tocar el tálamo y el trono,
uno y otro hallaré con sangre tintos.
AB. Qué, fuísteis vos, ó fueron leyes justas
las que esa impura sangre habrán vertido?...
Sea feliz D. Pedro á vuestro lado;
haced felices vuestros caros hijos;
y librad á la patria de ambiciones,
matando sus bastardos enemigos.
MAR (Será sincero de este moro el lábio?...)
Hablemos del asunto á que he venido.
A esa hija que teneis, tan recatada,
deseo conocer.
AB. Gracias os rindo
por tan grande bondad; y ya he mandado
á Zoraida venir hácia este sitio,
para que solo á vos pueda ofrecerse,
y agradecer humilde este cumplido.
Muy poco tiempo concederla puedo,
porque partir en breve necesito
en servicio del Rey.
MAR. Cómo, y os sigue?...
AB. Zoraida á todas partes vá conmigo.
(*Zoraida llega á la puerta del centro del foro, acompañada de Hafiz, que se retira en cuanto Ab-del llega á recibirla.*)

ESCENA X.

DOÑA MARÍA, ZORAIDA, AB-DEL-MOTRÍ.

ZOR. Vengo á cumplir las órdenes que has dado;
di lo que debo hacer, pues imagino
que sucesos estraños te obligaron
á sacarme, señor, de mi retiro.
AB. Perdóname, hija mia; no son órdenes;
solo rogarte puede mi cariño,
y al ruego de tu padre cariñoso,
amante y complaciente has acudido.
Esta señora, á quien respetos debo,
quiere ofrecer á la hija de su amigo
afectuosa amistad, que gratamente
sabrá acojer tu corazon benigno.
Que lazo fraternal por siempre os una!...
Así del grande Alá lo solicito;
ya que al formaros, tan preciosas dotes

pr…igo entre las dos ha repartido.
Vamos pronto á partir; solas os dejo;
el corto tiempo os sea tan propicio,
que en sus áuras de tierna simpatía
dejaros quiera el corazon mecido!
(Se va por la izquierda del foro.

ESCENA XI.

DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

MARÍA. Si animada os hallo á vos,
como á vuestro padre, creo
á ir de la amistad en pos
que ha de unirnos á las dos,
pagais así mi deseo.
Tan pura, jóven y bella,
despertais mi simpatía,
cuando por honda querella
de vos, contraria mi estrella,
sin conoceros, me hacia.
Sí, Zoraida, perdonad
que con franqueza os lo diga:
temiendo en rivalidad
celos de vuestra beldad,
os miré como enemiga.

ZORAIDA. Celos!... De quién, nazarena?...
Pues qué, es acaso el galan
que en tí causa tanta pena,
el que á mí el alma me llena
de amor y angustioso afan?...
Es por ventura el guerrero
de mas apuesto talante,
ese marcial caballero,
á quien dió Marte su acero
al par que amor el semblante?...

MARÍA. Musulmana, pronto, el nombre.
del que así tu lábio alaba.

ZORAIDA. Para que mi amor te asombre,
no sé la estirpe del hombre
de quien me declaro esclava;
que basta su gentileza,
su frente y sus ojos ver,
radiando en noble franqueza,
para mostrar la nobleza
que el alma debe tener.

MARÍA. Rayos de Dios sobre tí!...
Es el Rey!... Teme mi saña!..
Noble, amante y bravo, sí!...
Mas galan no hay otro aquí,
ni mas valiente en campaña.
Robarme quiere su amor
Ab-del con amor mas fuerte,
y astuto, maquinador,
para vivir sin temor
dará á la Reina la muerte.
Mucho anhelas, musulmana!...
Muy alta tu ambicion brilla;
que hay puesta una castellana
entre esa trama villana
y el trono real de Castilla.

ZORAIDA. Nunca ha cedido á la ley
del interés mi pasion...
ni es de castellana grey
mi amante, ni ha sido rey
mas que aquí, en mi corazon.
Nació en Francia; allí leal
fué de D. Fadrique amigo;
llamóle este á Portugal,
y llegó el dia fatal
de aquel mensaje enemigo.
Fué mi padre embajador
del noble Rey castellano...
Prendió al infante traidor,
en tanto que en mí el amor
clavaba el dardo tirano.
Cómo penetró en la tienda
en que estuve vigilada,
no lo sé, porque no hay prenda
á que un musulman se venda,
cuando á ellos voy entregada.
Pero, señora, le ví
postrado á mis piés de hinojos;
quise huirle, y me sentí
como encadenada allí
por la fuerza de sus ojos.
Besó mi mano, y el beso
fuego inoculó en mis venas,
y en el corazon opreso,
se quedó el semblante impreso
del autor de mis cadenas.
Al despedirse, juró
volver á verme y hablarme,
aquí al infante siguió;
mas ya el infante murió,
y él tendrá que abandonarme.
Esta, señora, es la historia
del solo amor de mi vida;
y ella vive en mi memoria,
como esperanza de gloria,
que guarda el alma escondida.

MARÍA. Jóven candorosa y bella,
abraza, abraza á tu amiga!...
Quizá necesites de ella
para esclarecer la huella
por donde tu amante siga.
La avaricia y la licencia
con sus poderosos brazos
emplean su omnipotencia,
en corromper tu inocencia,
para hacer tu honor pedazos.
Zoraida, triste es la suerte
que me es forzoso anunciarte:
tu padre quiere venderte
al Rey, que ha de poseerte,
y que nunca podrá amarte.

ZORAIDA. Venderme á mí!... Si leyeras,
cristiana, en mi corazon,
tal pronóstico no hicieras;
que inaccesible le vieras
á la venal seduccion.
En su escudo de diamante,
pura y sola brillaria
la memoria de mi amante,
porque no hay poder bastante
á robarle al alma mia.
Yo desafio el rigor
de esa poderosa ley,
que quiere eclipsar mi honor;
y ha de asustar mi valor
á un tiempo al padre y al Rey.

MARÍA. Oh! Sublime corazon,
donde solo caber pudo
libre y amante pasion;
admite mi proteccion:
mi amistad será tu escudo!
Y si un peligro inminente
te amenaza, mira allá
de tu pabellon al frente
(La lleva á la ventana, mostrándola un objeto.)
mi morada: harás patente

la seña, y...

ZORAIDA. (*Mirando con ansiedad al jardin.*)
Válgame Alá!...

MARÍA. Qué temes?...

ZORAIDA. En la espesura
del jardin, entre el abrojo,
no ves allí una armadura,
y la luz que ella fulgura
teñir su penacho rojo?...
(*Observan las dos con ansiedad.*)

MARÍA. Un guerrero vigilante
se oculta con diligencia...
Observa!.. Busca anhelante!..

ZORAIDA. Ese, cristiana, es mi amante!...
(*Gritando y haciendo señas con su pañuelo.*)
Aquí!... Aquí!...

MARÍA. (*Conteniendola.*) Ten prudencia!

ZORAIDA. Oh! Cristiana, qué ventura!...
Me conoce, y corre aquí!...

MARÍA. Di mas bien que tu locura
le dá una muerte segura
á manos de Ab-del-Motrí.
De tu padre la llegada
iré, Zoraida, á evitar...
La salida está cerrada;
si por aquí logra entrada,
(*Señalando á la ventana.*)
tambien se podrá salvar.

(*Se va doña María por el foro, cerrando tras sí la puerta.*)

ESCENA XII.

ZORAIDA (*en la ventana.*)

Mas que avecilla ligera,
trepando por la enramada,
de su armadura pesada
haciendo pluma ligera,
salvando ya la palmera
con admirable vigor,
se acerca... Tanto valor
premiaré, y tan fuerte brio...
(*Agenor salta por la ventana.*)
Llega á mis brazos, bien mio!...

AGENOR. Bendita seas, mi amor!..

(*Se abrazan, y despues de un momento de pausa, avanzan al proscenio.*)

ESCENA XIII.

ZORAIDA, AGENOR.

ZORAIDA. Yo esperaba tu venida,
á pesar de que ignoraba
el lugar que recataba
la amante luz de mi vida.

AGENOR. Y yo, creyendo perdida
del rumbo tuyo la huella,
maldiciendo iba la estrella
que guiaba mi camino,
cuando errante peregrino
me apartaba de mi bella.
Ya estoy, Zoraida, á tu lado,
y seré otra vez dichoso
si repites, dueño hermoso,
el amor que me has jurado..
Me amas, di?...

ZORAIDA. Tú lo has dudado?...
Dime qué prueba mas fuerte;
enséñame de qué suerte
puedo mostrar mi pasion,
si te he dado el corazon
aun antes de conocerte?
Noble ó plebeyo, te amé
desde el punto en que te ví...
Me amas tú tambien así,
con tan pura y tierna fé?

AGENOR. Sabes cuán espuesto fué
llegar á hablarte y á verte,
y que una probable muerte
en esa empresa arriesgaba;
mas la vida me pesaba
con el dolor de perderte.
Soy francés; en Mauleon,
hijo del amor, nací;
y nunca el beso sentí
de la paternal pasion.
Ilustre heredé un blason,
que por templar mis enojos,
ó tal vez como despojos
me legaron.. Y mi vida
nunca en amor fué mecida
hasta que se hirió en tus ojos.
Llevo del pueblo natal
noble título y renombre,
y de Agenor tomé el nombre
en la pila bautismal.
Mi sino, siempre fatal,
me hizo bastardo nacer;
pero yo he de ennoblecer
mi blason sobre la tierra;
que en lides de amor y guerra
firme y constante he de ser.

ZORAIDA. Fué el título, tu valor,
que conocia de ti,
cuando el corazon te di,
y ahora me asusta, Agenor.
Llena el alma de tu amor,
se atemoriza y aterra
al nombre de infausta guerra;
que te quiere mi ambicion,
para premiar la pasion
que aquí, en el alma, se encierra.

AGENOR. Quieres que suelte el acero
que esgrimo contra tu padre?...
Es razon que no te cuadre
un enemigo guerrero!...
Le aborrezco, porque fiero
fué asesino del infante;
porque le veo constante,
en centinela prolija,
no cual guarda de su hija,
sino cual celoso amante.
Zoraida, di, por los cielos,
es tu padre Ab-del-Motrí?...
Que un padre no puede así
causar á un amante celos!...

ZORAIDA. No sé si justos recelos
te hace el alma alimentar;
solo puedo recordar
que conocí niña á ese hombre,
que de padre me dió el nombre;
mas nunca le pude amar.

AGENOR. Quizá severo contigo!...

ZORAIDA. No; que mi menor deseo,
cual órden cumplirse veo,
y complaciente conmigo
fué siempre y sumiso amigo.
Su pensamiento y sus ojos

leyendo van mis antojos;
no sé el afan que le guia;
mas su ternura sombría
miedo me causa y enojos.
Escucha: cuando en mi estancia
le veo, como una sombra,
tocando apenas la alfombra
su esquisita vigilancia;
sin reparar que mi infancia
ha mecido tiernamente,
preocupada mi mente,
tiembla el alma pavorosa,
y una impresion horrorosa
causa su beso en mi frente.
Por evitar mi disgusto,
finjo dormir, y entreabiertos
mis ojos velan despiertos,
siempre con recelo injusto...
De qué dimana ese susto,
ni por qué debo temblar
al hombre que á dominar
he llegado con imperio?..
No comprendo este misterio,
ni me lo puedo esplicar!...
Cuando fijo con empeño
sobre él mi altiva mirada,
la fiera suya, humillada
ante mi fuerza domeño;
si esquivo le muestro el ceño,
pálida y mústia su frente,
doblega sumisamente...
Si yo le causo terror,
cómo ha de darte temor
á tí, tan noble y valiente?...

AGENOR. Miedo á mí?... Por tí, amor mio,
nacer pudo mi recelo.

ZORAIDA. Tanto me amas?...

AGENOR. Nunca el cielo
grabó en mi pecho sombrío
otro amor, y siempre frio
á tan sublime pasion
permaneció el corazon,
porque hallarte no podia,
aunque ya creado habia
tu imágen en mi ilusion.
Quieres pruebas de mi amor?...
Cuanto en este mundo aprecio,
por tí abandono y desprecio;
todo!... menos el honor.

ZORAIDA. Yo sacrificio mayor
te ofrezco á tí, dueño amado;
y hasta el Dios que he adorado
te sacrifico tambien;
pues no mereces, mi bien,
sacrificio limitado.

AGENOR. Oh! Bella perla de Oriente!
guarda tu honra y tu Dios,
hasta que al mundo los dos
nos mostremos libremente.
Las mujeres de Occidente,
no esclavas son de un haren;
que idolatradas se ven,
cual tú lo serás por mí...
Abandona á Ab-del-Motri,
y adora al Dios de Belen.

ZORAIDA. Ese es mi mayor anhelo;
que el Dios que ama mi Agenor
debe ser el Dios mejor:
debe ser el rey del cielo.

AGENOR. Pues ya el sevillano suelo
es forzoso abandonar...
Tienes valor?...

ZORAIDA. Preguntar
puedes eso á quien te adora?...

AGENOR. Ven á mis brazos!... Ahora,
vamos el muro á salvar.

(*La toma en sus brazos, cuando lo dice el verso, y se dirige con ella á la ventana; pero al tiempo de ir á saltar, se abre la puerta del foro y se presenta Ab-del-Motri.*)

ESCENA XIV.

ZORAIDA, AGENOR, AB-DEL-MOTRI.

AB. Zoraida! (*Da un paso hácia ellos, se detiene y desnuda su puñal. Zoraida, desasida rápidamente de los brazos de Agenor, hace caer la visera de su casco, en tanto que él desnuda la espada. Zoraida se interpone entre los dos con tan firme apostura, que parezca desafiar la cólera del moro, que, con semblante abatido y dejando caer los brazos, medita su venganza. Momento de pausa.*)

ZOR. Zoraida soy, señor; contra tu hija
la mano vibre tu puñal tremendo;
mas la venganza quedará incompleta,
porque él desprecia tu furor, sin miedo.
(*Señalando á Agenor.*)

AB. Tú defiendes á ese perro francés!...
Una hija del profeta!... Oh! Vilipendio.

(*Agenor da un paso amenazador, que contiene Zoraida estendiendo su brazo.*)

ZOR. Tente, Agenor; invulnerable y fuerte
ante él te ves, con superior esfuerzo;
si herirle debes, sea en lid honrosa,
y que no sea en mi presencia al menos.
Sal de este Alcázar, ya que no ha querido
la suerte coronar nuestros deseos.
Esperanza y amor nos acompañen,
y premiará nuestra constancia el cielo.

AB. (Está armado, y es fuerte... Invulnerable!...
Oh, imbéciles!... Ahora vais á verlo!)

(*Hace sonar un agudo silbido, y acude precipitadamente Hafiz con una guardia de moros, armados de hachas y cimitarras.*)

AGE. Ah! Perros descreidos, dad un paso,
si os atreveis, que á todos os espero.

AB. Muera el cristiano, Hafiz!...

HAFIZ Y LOS MOROS. Muera!...

(*Zoraida se interpone entre Agenor y los moros.*)

ZOR. No temas, Agenor... Moros, teneos!...
Padre y señor, escucha: haz que el cristiano
salga ileso de aquí... lo oyes?... Lo quiero!...
Desgraciado de tí, si por tu causa
á su cabeza falta ni un cabello!

AB. Pero amas tú, Zoraida, á ese cristiano?...

ZOR. Le amo, sí, con un amor supremo.

AB. Pues esa es la sentencia de su muerte!...
Heridle, moros!.. (*El alza su puñal, y los otros avanzan; pero Zoraida les contiene.*)

ZOR. No oiste que yo quiero.
que de aquí salga ahora, en este instante?...
Repetir necesito mi deseo?...

AB. Matadle sin piedad!... Obedecedme!

AGE. Llegad, si os atreveis!...

ZOR. (Deten tu acero,
que al tigre domaré.) Si un solo paso
dá, Ab-del-Motri, tu guardia, aquí penetro
de este puñal el acerado filo,
y en tu presencia romperé mi pecho.

(*Zoraida ha sacado de su cintura un puñal, que apoya sobre su corazon.— Ab-del se arrodilla, y suplicante,*)

demuestra su timidez. Luego se dirige á los moros)

AB. Zoraida, por piedad!... Atrás vosotros!

ZOR. Arroja tu puñal, y que tus siervos
se alejen de este sitio (*Ab-del, obedece, y los moros su órden*)

AB. Retiraos!...

(*Los moros se van por el foro; Zoraida tiende una mirada majestuosa por la escena, satisfecha de ser obedecida, y luego se dirige á Agenor.*)

ZOR. Abrázame, y adios, amado dueño!

AGE. No me sigues, Zoraida? ..

ZOR. No conoces
que el que puso en salvarme tanto empeño,
me matará primero que perderme?...
Para salvar tu vida, aquí me quedo.

AGE. Me amarás siempre?..

ZOR. Ves del sol los rayos
brillantes alumbrar el hemisferio?...

AGE. Si, sí: qué hermosos!.. Oh!...

ZOR. Pues estinguido
primero que mi amor verás su fuego.
Ahora, Agenor, Adios!. .

AGE. Adios, Zoraida!...
(*La besa la mano, y salta por la ventana.*)

AB. Oh! Yo, cristiano, atajaré tu vuelo!...

(*Zoraida hace una seña imperiosa. Ab-del recoje su puñal y la sigue por el foro*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Salon régio del Alcázar de Soria. Puerta practicable al foro. Ventana á la derecha, en último término. Puerta á la izquierda, en segundo término, que indique por sus colgaduras y adornos dar paso á la habitacion del Rey. Muebles de lujo, al gusto de la época, y entre ellos el sillon real con las armas de Castilla.

ESCENA PRIMERA.

AB-DEL-MOTRÍ, *y* HAFIZ.

HAFIZ. Espero, señor, tus órdenes.

AB-DEL. Tu deber es vigilar...
Solo en tí confío, Hafiz;
mereces bien mi amistad;
que yo nunca descansára
sin un guarda tan leal.
Solo en los mahometanos
Hafiz, debemos fiar,
que tiene pocos parciales
D. Pedro en la cristiandad.

HAFIZ. Es cierto, señor; yo ví
en Calahorra aclamar
por su rey á D Enrique
con júbilo general.
Cuando llegué, mensajero
á brindarle con la paz,
el infante, desdeñoso,
no me quiso contestar;
y el condestable francés
con arrogante ademan,
y amenazador, me dijo
á Búrgos podeis tornar;
y decid á vuestro amo
que en Búrgos se tratará
de esa paz que nos propone;
pero debeis galopar
si quereis llegar primero
que los que el aviso os dan.

AB DEL. Ese Beltran Duguesclin,
de tanta temeridad,
con su invencible renombre
al fin se vendrá á enredar
en el lazo que le tienda
la astucia de un musulman;
que no siempre la fortuna
á la audacia ha de premiar.

HAFIZ. Lo cierto es que la amenaza
vimos cumplir de Beltran;
que á Búrgos llegó el infante,
y el Rey dejó la ciudad.

AB-DEL. Quise yo que la dejára;
que Búrgos poblada está
de fanáticos cristianos
que odian la raza oriental.
Ahora, el príncipe de Gales,
con sus bretones nos dá
gran refuerzo, y la victoria
podemos asegurar.
Si las sienes del infante
ya coronadas están,
en Calahorra y en Búrgos,
qué mas puede desear?...
Le haremos de sus conquistas
una abdicacion legal,
y así la sangrienta lucha
lograremos evitar.

HAFIZ. Y á sus pueblos castellanos
D. Pedro renunciará.

AB DEL. Eso... despues lo veremos...
En prueba de lealtad,
reconocido el infante,
sin duda á Soria vendrá
á dar gracias á D Pedro
y su real mano á besar.
Arrodillado ante el trono...
es entonces natural,
que si inclina la cerviz...
haga el hacha lo demás.
Si D. Enrique fallece,
la guerra concluirá,
y los pueblos darán gracias
por haber vuelto á la paz.

HAFIZ. Oh! Señor, digno de vos
es tan magnífico plan;
pero sin guerra, los árabes
podrán la España pisar?...

AB-DEL. Sí; porque los españoles
verán con odiosidad
á D. Pedro, y en nosotros
su poder apoyará.
D. Fadrique y doña Blanca
ya no pueden estorbar;
en muriendo D. Enrique,
poco estorbo es lo demás.
A los crímenes del Rey,
unido vá el musulman;
á su triunfante poder
unido tambien irá.
Importa, Hafiz, que á D. Pedro
no puedan nunca llegar
mensajeros de Sevilla,
donde la Padilla está.

HAFIZ. Desde el último que pude
en Segovia aprisionar,
ninguno se ha presentado.

AB-DEL. Hafiz, vela!...

HAFIZ. Descuidad.
(*Hafiz saluda y se va por el foro.*)

ESCENA II.

AB DEL-MOTRÍ.

AB. D. Pedro... será el Rey?... (*reflexionando.*)
No... La diadema ceñirá esplendente;
pero yo, dictador, daré la ley
que ha de acatar su coronada frente
La fuerza será mia;
y mientras él sonria,
en el deleite del amor ufano,
yo elevaré el cimiento,
que al árabe sostenga el régio asiento
sobre el hundido trono castellano.
(*D. Pedro sale por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ.

PED Qué noticias, Ab-del, has adquirido
del bastardo que causa mi desvelo?...
AB. Calmad vuestro recelo;
que quien os ha servido
con su fidelidad siempre constante,
hoy vuestro sueño guarda vigilante.
En Búrgos permanece,
sobre ficticio lecho de laureles,
y en las áuras se mece
de sus patricios fieles,
creyendo que merece,
por despojo alcanzado a vuestra alteza,
que Búrgos orne su real cabeza.
(*Un momento de pausa en que demuestra reflexionar.*)
PED. Ab-del, y de Sevilla?...
No puedes darme alguna nueva grata?...
AB. No hay ninguna, señor.
PED. Tambien ingrata;
tambien infiel conmigo la Padilla!...
Tú lo crees, Ab-del?...
AB. El dictado de infiel,
no mas, señor, en vuestro lábio cabe;
pero al mio, discreto,
solo acatarla toca con respeto,
y no lanzarla acusacion tan grave.
Con vuestra pena vá la pena mia,
y no os puedo aliviar el padecer!...
Quién en amor se fia
de una débil mujer?..
Quién se encadena al pasajero hechizo
de ese frívolo ser antojadizo!...
PED. Oh! Perverso fuera
su corazon, y aleve,
si al olvido diera
que á mi pecho debe
la pasion tan fiera,
en cuyas aras ofreció mi mano
la vida de una esposa y de un hermano.
AB. La ambicion femenil todo lo abona:
doña María ansiaba una corona,
quizás habrá escuchado
el rumor de que estábais destronado...
PED. Ab-del!...
AB. Perdonad que os replique
lo mismo que ya os dije en aquel dia,
en que á Coimbra, la obediencia mia,
fué contra el malogrado D. Fadrique.
PED Silencio, Ab-del-Motrí!...
AB. Vos sois testigo de la resistencia
que opuso á ese mandato mi conciencia,
y que por vos cumplí...
PED Su crímen le mató; no fué María.
AB. Pero sin ella el Rey lo ignoraria.
PED Amor la hizo celosa!..
AB. No son pruebas de amor siempre los celos..
Vos no amásteis, señor, á vuestra esposa,
y el amor propio os inspiró recelos.
(*Por el esterior de la ventana se oyen lejanos y melancólicos sonidos de la guzla de Zoraida que acompaña la cancion siguiente:*)
En el valle, en la pradera,
ó en el suntuoso salon,
en mí la tristeza impera,
sin que la paz placentera
recobre mi corazon.
La esperanza es el tormento
que prolonga mi agonía;
y en tan cruel sufrimiento,
un lúgubre pensamiento
aumenta la pena mia.
PED Es Zoraida?...
AB. Sí, señor.
PED Ab-del, tu hija!...
AB. Mi amor!...
PED. O es, acaso, tu esclava favorita?..
AB. Bajara yo mi frente
ante una hija tan humildemente?...
Diera á una esclava adoracion bendita?...
PED. Quién es, entonces, di, moro taimado?...
Quieres burlarte del afan que siento?...
(*Ab-del se inclina y guarda silencio.*)
Responde!...
AB. No tengo atrevimiento...
PED. Pues ella le tendrá. . (*Va á salir por el foro; Ab-del se interpone, arrodillándose delante del Rey.*)
AB. Señor!...
PED. Malvado!..
(*Tratando de apartarle*)
Tu resistencia en mi poder se estrella!...
Yo soy el amo aquí; yo iré por ella.
AB. Señor: tened en cuenta
que es Zoraida muy noble y elevada;
nunca espereis que en su baldon consienta;
que antes muerta será que profanada...
Os lo juro, señor!.
PED. Qué, moro, con mi amor,
sus preclaros blasones se mancháran?...
Si esposas he tenido,
que de régias estirpes han nacido,
damas tuve que al trono se igualáran.
(*Ab-del se levanta*)
AB. Escasas son, señor, vuestras medidas,
si igualar á Zoraida habeis querido
con las prendas perdidas;
que Zoraida ha nacido,
en linea del profeta dimanada,
hija de Mahomet, rey de Granada.
Ya, señor, lo sabeis,
y espero respeteis
la virginal aurora
en que brillar la veis,
en pago á aquella sangre derramada
PED. Hija de Mahomet!... Oh! Desgraciada!
AB. A quien diez años hace asesinaron
vuestros secuaces, que á saqueo entraron
en su alcázar sagrado!..
Fuí su amigo leal; fuí su privado,
y á Zoraida salvé de vuestra gente.
Desde entonces; por padre me ha tenido;
desde entonces, sumiso os he servido:
premiad, señor, mi lealtad, clemente!

PED. Sabes que la amo, moro?...
AB. Yo esa pasion, D. Pedro, no acrimino,
si vá de la virtud por el camino.
Habladla con decoro,
y pues noble es su sangre, cual la vuestra,
de puro y tierno amor dad una muestra.
Sois jóven, arrogante...
Cómo ese amor Zoraida repeliera?...
Tan difícil seria al régio amante
herir un alma por la vez primera?...
PED. Nunca su amor divino
daria al asesino,
que verá en mí, de su difunto padre:
jamás seré dichoso;
que el recuerdo del hecho doloroso
su corazon es fuerza que taladre.
AB. Ella ignora, señor, tan triste historia,
que no vendo jamás al amo mio..
Solo sabe de vos el poderio;
solo la hablé de vuestra escelsa gloria.
PED. Gracias, mi buen Ab-del! .. Yo voy á hablarla,
y juro, por mi nombre, respetarla.
(*D. Pedro se va por el foro, á la derecha.*)

ESCENA IV.

AB DEL-MOTRI.

AB. Si, la respetarás;
y si logra su amor herir tu pecho,
la corona á sus plantas postrarás
al reclinar tu frente en nupcial lecho.
Si ciego en tus amores,
no ves entre sus flores
el lazo que te dejo preparado,
triunfante el moro,
á su vencido Rey, en jaula de oro,
guardará dignamente aprisionado.
(*Oficial sale por el foro, derecha.*)

ESCENA V.

AB-DEL-MOTRI, OFICIAL.

OFI. Un guerrero que trae una embajada,
para hablar con el Rey licencia pide.
(*Ab del reflexiona.*)
AB. (Y el Rey!...) (*Un momento de pausa.*)
OFI. Señor, decide
si debo darle entrada.
AB De dónde .. y con quién viene ese guerrero?...
OFI. De Búrgos. Con su paje, y escudero.
AB. De Búrgos, enviado?
OFI. Asi, señor, anuncia su embajada.
AB. (Cómo Haliz ha dejado
mi órden olvidada?...)
Traedle bien guardado,
que yo al Rey entre tanto daré aviso.
(*El oficial saluda y se va.*)

ESCENA VI.

AB DEL-MOTRI.

AB. Alejar á D. Pedro es ya preciso:
este camino es fuerza que le ataje,
y así el primero escucharé el mensaje.
(*Desconfiando.*)
Acaso de Sevilla,
con disfraces le manda la Padilla!. .
Su ardid descubrirá mi vigilancia,
que guerra esa cristiana me há jurado,
y guerra á su poder he declarado,
que he de humillar su orgullo y arrogancia.
(*Ab-del se va por el foro, á su derecha. Pocos momentos despues, por la parte opuesta, salen Agenor, doña Maria, disfrazada de paje Muzaron, oficial y guardias.*)

ESCENA VII.

AGENOR, DOÑA MARÍA, MUZARON, OFICIAL *y guardias.*

OFICIAL. Podeis descansar aquí,
y mandad lo que os convenga:
yo os serviré hasta que venga
el ministro Ab-del-Motrí.
AGENOR. No vengo buscando yo
hombres de tan baja ley:
mi embajada es para el Rey;
para su ministro, no.
OFICIAL. Caballero, como veis,
divisa militar llevo;
yo cumplo aqui como debo,
cumplid vos como debeis.
(*El oficial coloca dos centinelas en la parte esterior de la puerta del foro, y se retira con los soldados*)

ESCENA VIII.

Los de la anterior, menos el OFICIAL *y los soldados.*

MARÍA. El moro vá á recibiros? ..
MUZARON. Y á colgarnos, voto á brios!...
por engañadora, á vos;
y á nosotros, por cubriros;
que fué donosa ocurrencia
la de mi amo, el consentir...
AGENOR. Muzaron!...
MUZARON. Nada... morir...
callar y tener paciencia.
(*Se retira á un lado, y se sienta en un sillon, reclinando la cabeza sobre el pomo de la espada.*)
MARÍA. Creo que de este favor
vos no estareis pesaroso?...
AGENOR. No, si hallais á vuestro esposo
sin otro riesgo mayor;
que esposa y enamorada,
ausente del bien amado,
no os habrá, ingrato, dejado
á vuestro llanto entregada.
MARÍA. Sí; llanto de indignacion
me hizo verter ese moro
que del hombre á quien adoro
me aleja con precaucion.
Nadie en Soria puede entrar
sin que Ab-del-Motrí lo mande;
y aun vos., con mision tan grande,
temo que al Rey no hais de hablar;
que amigo de gran valor
es para el Rey mi marido,
y ha interceptado el válido
los mensajes do mi amor.
AGENOR. Descuidad; yo le he de ver,
que hoy ya vencido se mira,
y ambos temerán la ira
del que me dió su poder.
MARÍA. Vencido decis!...
AGENOR. Señora,
no sabeis que en su lugar
se hizo Enrique coronar,
y que Castilla le adora?
D. Pedro se precipita;
le abandonan sus guerreros;

le engañan sus consejeros;
le vende su favorita...

MARÍA. Qué favorita!... Esa mora?...

AGENOR. Qué mora?...

MARÍA. Esa acusacion,
pensé que hacia alusion
á la infiel que el Rey adora...
La hija de Ab del-Motri...

AGENOR. Zoraida!...

MARÍA. La conoceis?...

AGENOR. Su imágen vive en mi pecho!...

MARÍA. Pues pronto en el régio lecho
á vuestra amiga vereis.

AGENOR. Señora, tened la lengua;
y si quereis mi amistad,
á Zoraida respetad,
que no merece tal mengua.

MARÍA. Es que fuera ingrata amiga
y esa amistad no pagara,
si hipócrita recatára
lo que ya es fuerza que os diga.
Y de gratitud la ley
me arranca esta confesion,
cuando ámplia declaracion
hizo de su dama el Rey.
Cual galan de fino porte,
siempre al pié de su litera,
la custodia en la carrera,
ó la festeja en la córte.

AGENOR. Señora, por compasion,
callad, que me estais matando
con ecos que van clavando
dardos en mi corazon.

MARÍA. Acaso, amais á esa mora?...

AGENOR. La idolatro!

MARÍA. Amiga ingrata!...

AGENOR. Forzoso lazo la ata
lejos del hombre que adora;
que Ab-del, para que se tuerza
de amor la creciente huella,
habrá empleado con ella
toda su mágia ó su fuerza.

MARÍA. Oh! Sí; el moro es un malvado,
fatal al Rey y á Castilla.

AGENOR. Él querrá de la Padilla
ver el poder derribado;
que su privanza real
nadie consiente al nivel,
y hace á D. Pedro cruel
con los que teme á su igual.

MARÍA. Creeis que á doña María
podrá Ab-del-Motrí vencer?...

AGENOR. Cómo una débil mujer
al moro resistiria?...
O contra una cortesana
se mostrára menos fuerte,
el que dió inhumana muerte
á la reina castellana?...
No: no tendrá compasion;
y, si antes hirió tirano,
lavarse querrá la mano
con sangre de expiacion.

MARÍA. Doña María recusa
tener faltas que expiar.

AGENOR. De que hizo á Blanca matar,
toda Castilla la acusa.

MARÍA. Es injusta acusacion;
y si muriese María,
llorarla España debia
como á Blanca de Borbon.

AGENOR. Os aflije demasiado
la suerte de la Padilla!

MARÍA. Vos me mostrais la cuchilla
en su cuello delicado;
y esa imágen horrorosa
me estremece el corazon,
porque debí á su atencion
una amistad cariñosa
He estado á su servicio;
y si salvarla pudiera,
creed, señor, que ofreciera
mi vida en su sacrificio.
A trabajar vengo aquí
en pró de esa desgraciada;
y si logro, en Soria, entrada,
ella vendrá tras de mí.

AGENOR. Sí, sí; os lo juro por Dios!..
Conmigo en Soria entrareis;
que me importa que os junteis
en este Alcázar las dos.

MARÍA. Repetid el juramento!..

AGENOR. Sobre la cruz de mi espada
juro que os darán entrada
si me dan recibimiento.

MARÍA. Oh! Gracias!... Decidme ahora
qué deseais, qué quereis?..

AGENOR. Concederme no podeis
lo que yo anhelo, señora.

MARÍA. Declarad, si no es secreto,
el deseo apetecido.

AGENOR. Ver á mi amor!...

MARÍA. Concedido.
La vereis, os lo prometo.

AGENOR Pedidme en pago la vida!...

MARÍA. Ya os debo tanto, señor,
que, aun despues de este favor,
os quedaré agradecida.

(*Muzaron oye ruido por el foro, y se levanta*)

ESCENA IX.

Los de la anterior, y HAFIZ, *oficial castellano, soldados moros y castellanos.*

HAFIZ. El ministro, Ab-del-Motrí,
vá á venir á recibiros;
y en tanto, para serviros,
su celo me manda aquí.

AGENOR. Os agradezco el decoro
con que venis á anunciar
que me quieren vigilar
con un centinela moro.
Vine aquí, por voluntad
del que mandarme ha podido,
y de un poder revestido
que ofrece seguridad.

HAFIZ. Ningun recelo abrigamos,
ni ese desdez merecemos;
que por amigo os tenemos,
y sinceramente hablamos.
(*A los árabes.*)
Disponed para el guerrero
vino y frutas; porque así,
mientras viene Ab-del-Motrí,
pase el tiempo placentero.

(*Dos moros se disponen á obedecer, y doña María les detiene.*)

MARÍA. Eh! Moritos, esperad;
que es mi obligacion servir
á mi amo, y la he de cumplir
con toda fidelidad. (*Se dirige á Hafiz.*)

Juro, por vuestro Mahoma,
que os molestareis en vano,
si no prepara mi mano
lo que mi señor se coma.

HAFIZ. Es muy digna de alabanza
tu fidelidad!... Vé, pues;
aunque aquí, infundada es
tu sutil desconfianza.

(*Hace seña á los árabes para que la acompañen. Doña María les deja pasar delante, y habla á Muzaron en secreto, sin ser vista.*)

MARÍA. Di á tu amo, que á realizar
mis planes, al punto voy;
y que triunfaremos hoy
si Dios nôs quiere ayudar.

HAFIZ. Si me dais vuestro permiso...
(*Haciendo demostracion de retirarse.*)

AGENOR. Haced vuestra voluntad.

HAFIZ. Cuanto os antoje, mandad
á vuestro siervo sumiso

(*Saluda, y se va con todos los guardias, colocando dos en la parte esterior de la puerta del foro*)

ESCENA X.

AGENOR, MUZARON.

AGENOR. Muzaron, ¿dónde habrá ido
nuestra amiga de viaje?...

MUZARON. Se desertó.

AGENOR. Cómo?...

MUZARON. El paje,
ya de mí se ha despedido.
»Di á tu amo, que á realizar
»mis planes, al punto voy;
»y que triunfaremos hoy
»si Dios nos quiere ayudar,»
dijo; paso redoblado
tomó; y al fin, como bruja,
por el ojo de una aguja
se habrá, señor, escapado.

AGENOR. Siempre tu lengua villana
á la burla busca objeto.

MUZARON. Y merece mas respeto
la advenediza gitana?..
No la hallamos en la cueva
entre la gente *non sancta*?...
Quién es, el adágio canta,
por la compañía que lleva.
Mujer que nos pide ayuda
para entrar en la ciudad;
que oculta su calidad,
y hasta de sexo se muda,
será mujer de buen porte?...

AGENOR. Su relato no has oido?...
Que busca aquí á su marido
y que es dama de la córte?...

MUZARON Tu... tu .. rutinas son esas
de mujeres desvalidas...
Todas han sido mecidas
en cunas de princípesas.

AGENOR. No la vimos respetada
entre la mezquina gente,
que la seguia obediente
cómo á su Reina adorada? ..
Disfraces usó, es verdad,
porque, de harapos cubierta,
creyó atravesar la puerta
de esta guardada ciudad.
Ella, entrada y confianza
tuvo en el Alcázar real;
siendo dama principal
tan solo ese honor se alcanza.

MUZARON. Podrá ser, mas no me fio;
que oí contar con tal gracia
los cuentos de la desgracia,
que de sus cuentos me rio.

ESCENA XI.

AGENOR, MUZARON, HAFIZ *y soldados moros.*

HAFIZ. Mi señor, el poderoso
Ab-del, viene á este aposento.

MUZARON. (Me parece que este cuento
ha de ser mas lastimoso.)

ESCENA XII.

Los de la anterior y AB-DEL-MOTRI.

AB-DEL. Dónde está ese embajador?...

AGENOR. Aquí: ved la credencial.

(*Se quita la manopla y enseña un anillo de esmeraldas, que deberá tener dos E. E. entrelazadas.*)

AB-DEL. Qué es eso?...

AGENOR El anillo real
que tuvo doña Eleonor.
(*Ab-del Motri se inclina con respeto.*)
Que, como enseña de gloria
á mi honrosa comision,
dió el príncipe por blason
de su madre la memoria.

AB-DEL. Y qué es lo que pretendeis?...

AGENOR. Ver al Rey.

AB-DEL. Cómo?...

AGENOR. Eso quiero.

AB-DEL. Me parece, caballero,
que mucho orgullo traeis.

AGENOR. Hablo en nombre de mi Rey
Enrique de Trastamára.

AB-DEL. Sentiria que os pesára
proclamar aquí su ley.

AGENOR. Jamás me pesó cumplir
deberes de mi señor;
si alguien quebranta el honor,
ese lo debe sentir.

AB-DEL. Admiro vuestra entereza,
y siento que esté cubierto
un rostro que, descubierto,
debe respirar nobleza.

AGENOR. Sí, señor; teneis razon;
y vereis que no me arredro
al mostrar, ante D. Pedro,
mi rostro y mi corazon.

AB-DEL. Un consejo os quiero dar.

AGENOR. A seguirle no me obligo;
gracias; que de un enemigo
no me quiero aconsejar.

AB-DEL. Está bien. Hafiz; atento,
con el decoro mayor,
conduce al embajador
al destinado aposento.

MUZARON. (*Ap. á Agenor.*) (Malo! Nos manda encerrar.)
(Señor, el maldito moro,
con atencion y decoro
nos hace en vida enterrar.)

AB-DEL. (*Ap. á Hafiz.*) (Hafiz: solo á tu firmeza
esta guardia corresponde;
pero advierte, que responde
de los presos tu cabeza.)

HAFIZ. (Cual es vuestra voluntad?...)

AB-DEL. (Mañana te lo diré.)

HAFIZ. (Os juro que les tendré
con toda seguridad.)
(*Hafiz les hace seña de que le sigan.*)
AGENOR. *(A Muzaron)* (Hoy le hubiera degollado
si no fuera embajador.
MUZARON Inconvenientes, señor,
de vuestro puesto elevado.
(*Se van por el foro, á su izquierda.*)

ESCENA XIII.

AB-DEL-MOTRÍ.

AB-DEL. Ya que estás en mi poder
yo arrancaré tu secreto;
y á guardarme mas respeto,
vive Alá, que has de aprender.
Altivos son los cristianos
cuando con los móros tratan;
pero descuidados, atan
á nuestro poder sus manos
(*Sale D. Pedro por el foro izquierda.*)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ.

PED. Quiénes son, buen Ab-del, esos guerreros
que en la torre aprisionan mis soldados?...
Son, acaso, traidores revelados
contra mi trono y mis sagrados fueros?...
AB. Espias cautelosos y traidores,
que de Soria, rondando por los muros,
creyeron su traicion lograr seguros
con una credencial de embajadores.
PED. De qué país fingieron la embajada?...
AB El nombre del bastardo han invocado;
pero luego su plan veré aclarado,
y será su perfidia castigada.
PED. Si con efecto son embajadores,
esa digna mision debe acatarse;
que D. Pedro, en su honor, no ha de mancharse,
faltando de la guerra á los honores.
AB. Dicen serlo, es verdad; pero esa duda
que vos mismo abrigais, tambien abrigo;
si cauteloso miro al enemigo,
esa cautela mi prudencia escuda.
PED. Crees que nos engañan?... Habla, moro.
Qué espias son, por la traicion pagados?...
AB. Traidores me parecen, disfrazados;
mas su intencion y calidad ignoro.
PED. Tu ignorancia me ha sido muy sensible,
y á corregirla vas...
AB. Mande Su Alteza...
PED Disculpa tu impolítica torpeza,
y tráemelos aquí.
AB. Aquí!... Imposible!...
PED Ay de tí, si tu mano ha castigado
á un emisario fiel!..
AB Nada ha sufrido.
PED Pues enmienda tu falta, que ha infringido
de la guerra el derecho mas sagrado.
(*Ab del se sonrie sarcásticamente.*)
AB. Me sorprende el respeto que embaraza
vuestra conciencia hoy; pero no puedo
al respeto ceder, señor, por miedo
del peligro mortal que os amenaza.
PED. Nada temas por mi... fiel consejero;
teme mas bien por tí...
AB Señor, tranquila
mi conciencia, ni teme ni vacila.
PED. Consúltala mejor...
AB. Hoy muy severo
conmigo os demostrais, y reticente.
PED. Es que indignado estoy por los temores
que te asaltan, al ver embajadores,
ya del Oriente lleguen, ú Occidente.
Ab-del-Motrí, la vez primera ha sido
que has mandado arrestar los mensajeros?...
AB. No, gran señor; no han sido los primeros;
que á otros ciento, quizás, he detenido.
(*D. Pedro se levanta indignado. Ab-del se arrodilla.*)
Vuestro castigo espera resignado
el leal servidor que puso dique
al alevoso plan de D. Enrique,
que habia vuestro muerte decretado.
Por serviros, mi celo y entereza,
entre tanto malvado delincuente,
quizá sacrificó algun inocente;
aquí teneis, en pago, mi cabeza.
PED Merced á la disculpa, bien fundada,
que me das, te perdono; mas no quiero
que se niegue jamás á un mensajero
en mi Alcázar real la libre entrada.
Esos guerreros que tu celo encierra,
embajadores son; y en el momento
les quiero conceder recibimiento,
y escuchar su mision de paz ó guerra.
En nombre del ba tardo aquí han venido;
en su nombre hablarán; haz con presteza
que venga á rodearme la nobleza,
y que dé al acto el esplendor debido.
(*Ab-del-Motrí saluda, y se va por el foro, á su izquierda.*)

ESCENA XV.

D. PEDRO.

Si María le acusa resentida,
porque él ha interceptado sus mensajes,
concederá perdon á los ultrajes
que fueren causa á resguardar mi vida.
María!... Su llegada inoportuna
me apartará de mi Zoraida bella,
ó injusto habré de ser, sino, con ella,
que supo amar, como mujer ninguna.
Pero Zoraida es hoy la ilusion mia,
y acrecienta mi amor con sus rigores...
el fuego de sus ojos brilladores
me abrasa el corazon...
(*Doña Maria, en traje de señora de córte, sale por el foro izquierda.*)
MAR. Señor...
(*Se detiene al dintel de la puerta.*)
PED. (María!...)

ESCENA XVI.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA.

PED Acercaos, María; qué os detiene?...
MAR. Esperaba, señor, vuestra licencia.
PED. Siempre, para llegar á mi presencia,
la Reina, de su Rey licencia tiene.
MAR Sin embargo, mil penas he pasado,
cruzando disfrazada media España,
oculta por la selva ó la montaña,
para poder llegar á mi reinado.
De fuertes enemigos el encono
me hicieron desde aquí guerra traidora,
obstáculos poniendo á su señora
para apartarla lejos de su trono
PED. Culpais con injusticia á los amigos
que de contrarias artes desconfian;

cómo de mi furor se librarian
si en mis reinos tuviéseis enemigos?...

MAR. Vos los teneis, D. Pedro, á vuestro lado,
que os engañan, que aduermen vuestro brio,
en tanto que el bastardo, el poderío,
y el trono de Castilla os ha usurpado.
Mi corazon, señor, estremecido,
oyó al embajador, cuando decia
que D. Pedro la paz aceptaria,
viéndose débil, sin poder, vencido.

PED. Por Cristo, que han de ver esos traidores
cuán difícil vencer es mi arrogancia,
con las legiones que mandó la Francia
de asesinos, cobardes salteadores.
Rey vencido me llama su insolencia,
sin probar en la guerra el duro acero?...
(*Sale un oficial, recibe la órden del Rey, y se retira.*)
Ola!... El embajador! La guerra quiero,
ó al bastardo humillado en mi presencia.

D. Pedro toma asiento en su sillon blasonado. A su derecha, en otro, doña María, y cubre el rostro con su velo. Empiezan á entrar caballeros y oficiales. Sigue la guardia de palacio, y luego Ab-del-Motrí, que se coloca á la izquierda del Rey. Guardias moros, que custodian á Agenor. Detrás Muzaron, que se queda en último término. La colocacion de todos los personajes queda á gusto del director de escena, con arreglo á las proporciones del escenario.)

ESCENA XVII.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, AB-DEL-MOTRÍ, AGENOR, MUZARON, HAFIZ, *Caballeros, oficiales, pajes, guardias castellanos y árabes.*

PED. Sois vos el mensajero que ha llegado
á tratar con D. Pedro de Castilla,
en nombre del bastardo rebelado?...
Doblad ante el Monarca la rodilla.
(*Agenor alza la visera del casco. Ab-del le reconoce con visible sorpresa.*)

AGE. De D. Enrique, el rey que ha conquistado
amor del pueblo con la régia silla,
soy emisario fiel. Ved esta prenda,
que es de doña Eleonor sagrada ofrenda.
(*Agenor dobla la rodilla y muestra el anillo al Rey, y se levanta inmediatamente.*)
Nunca creí, señor, que el noble fuero
de que investido estoy, se despreciára;
ni que á un cristiano y noble caballero,
por un árabe vil se aprisionára.
Aunque la queja producir espero,
hoy os la manifiesto cara á cara;
porque esperé de vuesa señoría
menos crueldad, y mas cortesanía.

PED. Mas respeto tambien; menos llaneza
esperaba de vos en el lenguaje;
no señoría; Majestad y Alteza
se dá al Rey de Castilla en homenaje.

AGE. Perdonad mi impericia, ó mi torpeza;
mi voluntad no os quiso hacer ultraje.
Quizá olvidé que aun os permite el cielo
que Rey seais en el Soriano suelo.

PED. Rey de Soria, es verdad; pero de dónde
lo es el usurpador que aquí os envia?...

AGE. No es discusion que á mí me corresponde,
que es mas humilde la embajada mia.
Si paz quereis, señor, con paz responde
D. Enrique tambien; y espera el dia
que con fraterno amor cese la guerra,
que á Dios ofende y á Castilla aterra.

PED. No; guerra pide mi bastardo hermano,
aunque hipócrita paz viene á brindarme;
porque bien sabe que me brinda en vano,
no pudiendo su pacto acomodarme.

AGE. La condicion sabeis?...

PED. Si; sé que ufano
mi reino á compartir quiere obligarme;
y que su antojo pide, entre otros bienes,
á Ab-del-Motrí, y Zoraida, por rehenes.
(*Ab-del-Motrí se estremece, y aguarda ansioso la decision del Rey.*)

AGE. En efecto, señor; bien informado
se encuentra vuestra Alteza. Y yo no atino
quién puede este secreto haber violado,
cuando encerrado aquí... (Cielo divino! ..)
(*Al poner Agenor la mano en su pecho, doña María echa su velo á la espalda, y Agenor la reconoce y se sorprende.*)

PED. Al bastardo decid, que he rehusado
ese mensaje audaz; que mi destino
la diadema real puso en mi frente,
y que es mi voluntad omnipotente.

AGE. Eso es decir, señor, que quereis guerra?...

PED. Me conformo con ella; no la quiero;
ni la lucha provoco, ni me aterra.

AGE. Pues yo, de D. Enrique, en nombre y fuero,
á vos, D. Pedro, á cuantos Soria encierra,
ó adicto os sea en suelo castellano,
reto á la lid con valerosa mano.
(*Agenor arroja una manopla á los piés del Rey. La córte, toda, manifiesta su indignacion, y algunos caballeros echan mano al puño de sus espadas. Don Pedro se levanta, y con ademan noble é imponente, contiene los murmullos y la agitacion de los cortesanos. Momento de pausa.*)

PED. Cual fiel embajador habeis cumplido,
cual leales tambien nos mostraremos.
Sepa Enrique que el reto he recogido,
y que pronto en el campo nos veremos.
Si hoy os es el descanso apetecido,
hospitalario techo os ofrecemos,
valor y lealtad nos acompaña!

AGE. Lealtad y valor, y á la campaña!
(*El Rey se vá por el foro, á su derecha; todo el acompañamiento le sigue; doña María se detiene detrás de todos, y sin ser advertida por los demás, entrega un pergamino á Agenor. Este sale por el foro, con Muzaron, detrás de todos.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon árabe del Alcázar de Soria. Al foro tres ventanas ojivales con rejas que dan vista á la calle. Al costado izquierdo, en último término, otra ventana, tambien con reja, cubierta con una colgadura, igual á las que debe haber en las puertas y sitios correspondientes para el buen ornato de la habitacion. Puertas laterales, la de la izquierda en segundo término, la de la derecha en el último. Otra reja al costado derecho en segundo término. Empieza el acto una hora antes de anochecer.

ESCENA PRIMERA.

AGENOR, MUZARON. (*Este aparece en la reja de la derecha. Agenor sentado, sin espada, que debe estar sobre una mesa. Tiene un pergamino en la mano*

AGENOR. Muzaron, nada descubres?...

MUZARON. Por aquí á nadie se ve,

ni se oyen mas que los trinos
del ruiseñor, que á la vez
con el pintado gilguero,
gracias al Supremo Rey
envian, desde el follaje
que les sirve de dosel.
En áuras embalsamadas
que exhala el florido Edem,
cantan dichosos amores,
ó amargos celos tal vez.

AGENOR. Dichosos, dichosos ellos,
que en este mundo se ven
sin diferencia en su esfera,
iguales ante su ley!...
Cantos dá su gratitud
al que les hizo nacer
libres, como el mismo viento
que les sirve de sosten.
En verde, florida alfombra
descansa su leve pié,
y su palacio es un mundo,
y solo Dios es su rey.

MUZARON. Señor, eso es poesía;
que el hombre es dueño tambien
de matar tanta ventura,
cuando el antojo le dé.

AGENOR. Sí; porque siño fatal
del hombre por siempre fué,
sembrar el mal por dó quiera,
sin que haga brotar el bien.

MUZARON. El hombre!... No siempre el hombre
hace el daño; que esta vez,
si algun mal nos acontece,
brotará de una mujer.

AGENOR. Sí, Muzaron; es verdad,
que imprudencia mia fué
participar á esa dama
lo que no debió saber.
Pero cómo imaginar
que ocultára el guardapié
de aventurera gitana
á dama de tanto prez?...

MUZARON. Gitana y bruja, señor,
siempre sinónimo es,
y para hacer nuestro mal
la dió esa forma Luzbel.

AGENOR. Sin embargo, en este escrito
me ofrece un inmenso bien.

MUZARON. Qué garantías nos dá?...

AGENOR. Escucha.

MUZARON. Vamos á ver.

(*Agenor desdobla el pergamino y lee.*)

AGENOR. «Este escrito, caballero,
»la prenda primera es
»que en muestra de gratitud
»os he podido ofrecer.
»Cuando el sol llegue á su ocaso
»se apartará de mí el Rey
»para revistar las tropas
»que han de combatir por él.
»Entonces, en vuestra cámara
»espéreme su merced;
»que de vos y de Zoraida
»quiero procurar el bien,
»en pago del que me hicisteis
»tan generoso y cortés.
»Contad siempre con Maria,
»vuestra amiga eterna y fiel.»
Muzaron, mentir no puede
la que espresa este interés:
invoca á Zoraida en prenda,
y es ese nombre mi fé.

MUZARON. La fé, en el juego del mundo,
tiene siempre que perder,
porque abusan los tahures
de su pura candidez.
Si con los ojos abiertos
hay trampas que no se ven,
qué sucederá al que vendas
sobre ellos quiera poner?...
Señor, con ojo avizor
os aconsejo que esteis,
que donde hay tantos infieles
no ha de reinar buena fé.

AGENOR. Tengo mi espada conmigo.

MUZARON. Buena compañera es:
teniéndola en vuestra mano
triunfariais de otros seis:
no á menos con mi ballesta
haria el polvo morder,
y matando doce herejes
se salva el alma, y amen.

AGENOR. Muzaron, mucho agradezco
el celo que en tí se vé;
pero no hay razon ninguna
que haga el peligro temer.
Doña Maria Padilla,
sin duda me quiere bien,
y al servicio que me debe
hoy quiere corresponder.

MUZARON. Pero el moro Ab del-Motrí,
á quien insultado habeis,
y a quien pedisteis por rehenes
en la audiencia que os dió el Rey
no os estará agradecido;
y si nada hay que temer
de la dama favorita,
al favorito temed.

AGENOR. A nadie temo, y resuelto
mi destino esperaré;
solo acometo el peligro,
y solo espero vencer.
Es forzoso que al momento,
sin dar descanso al corcel,
vayas á Búrgos, y veas
al condestable francés.
Le dirás que recibido
he sido con altivez
por D. Pedro, y que la guerra
decidida está por él;
que ya las hostilidades
es ocasion de romper,
y que brille el sol de España
en nuestro triunfante arnés.

MUZARON. Seria mas conveniente
que escrito el parte me deis,
que en mi memoria no fio.

AGENOR. No, porque puedes caer
en manos del enemigo...

MUZARON. Señor, discurris muy bien:
archivado en el magin
vuestro aviso llevaré...
Y por si acaso, señor,
no nos volvemos á ver,
dadme á besar vuestra mano! ..

AGENOR. Adios, escudero fiel!

(*Muzaron se arrodilla, besa la mano de su Señor y se va por la puerta derecha.*)

ESCENA II.

AGENOR *(despues de una pausa).*

Omnipotente Dios de cielo y tierra,
dominador del mundo en las alturas,
donde fúlgido escudo el paso cierra
á la vista de humanas criaturas!
Mira aquí al hombre, que obstinado yerra,
por falsa senda caminando á oscuras,
que alevoso Cain vá con sus manos
preparando la muerte á sus hermanos.
Amor y paz a los fraternos lares
envia con tu mano bienhechora!...
Evita de la guerra los pesares,
y hunde la vana pompa destructora! ..
Yo de la lid provoco los azares
con hipócrita voz engañadora,
hoy que consagro á una mujer querida,
en cambio de su amor, toda mi vida.

(Por detràs de la reja de la izquierda se oyen melancólicos sonidos de la guzla de Zoraida. Agenor fija su atencion un momento, y corre luego hácia la reja, buscando ansioso con su vista la mano que hace vibrar el instrumento. En tanto se presenta doña Maria por la puerta izquierda, y despues que empieza el siguiente dialogo, se van perdiendo los acentos de la guzla.)

ESCENA III.

AGENOR, DOÑA MARÍA.

MARÍA. Caballero!... (No me ha oido ..
La música le enamora! .)
Señor Agenor!
AGENOR. (*Reparando en ella*) Señora!...
MARIA. Os hallo muy distraido!
AGENOR. Es mi disculpa notoria,
señora, cuando diviso
el celeste paraiso
en los jardines de Soria.
MARÍA. En el Alcázar de un Rey
de valor y gentileza,
se humilla naturaleza
á demandarle su ley.
AGENOR. Pisar podrá el Rey las flores;
gozar sus aromas suaves,
mas no esclavizar las aves
que libres cantan amores.
Que si en el jardin trinando
dulces sonidos regalan,
son tristes ayes, que exhalan
por el bien que van buscando.
Señora, si como á vos,
todo el Rey lo dominára,
en este mundo reinára
tan potente como Dios.
No hubiera oculto un secreto
para ese Rey tan querido,
ni favor agradecido
que no cumpliera á su objeto.
MARÍA. Resentido, con razon
me acusais en este instante...
Mas, de qué modo á un amante
se le cierra el corazon!...
Yo no descargo la culpa
de que me acusais muy bien;
pero vos, que amais tambien,
me concedereis disculpa.
Señor, los disgustos nuestros
demos ya por terminados;
desde ahora mis cuidados
son por intereses vuestros.
AGENOR. Mios, señora?...
MARÍA. Cabal.
Me creisteis enemiga,
y permitidme que os diga
que me habeis juzgado mal.
Respeto, apoyo y afecto
en el viaje os he debido,
y habeis á mi amor servido,
aunque de modo indirecto.
AGENOR. Bien indirecto, eso sí,
pues nunca llegué á pensar
que pudieran resonar
nuestras palabras aquí
MARÍA. De casualidad la ley
pudo ser; pero propicias,
me dísteis unas noticias
que agradeció mucho el Rey.
No os obstineis en negar
que muy útil me habeis sido.
AGENOR. Sea, pues; pero...
MARÍA. Entendido;
vereis que os puedo pagar.
Suponed que en esta plaza
os quisieran detener...
AGENOR. Cómo!...
MARÍA. No debeis temer:
de salir os daré traza.
AGENOR. Vuestro proceder le fuera
á D. Pedro conveniente;
que obrára villanamente
como aquí me detuviera.
MARÍA. Pero sed franco conmigo:
sin ser el Rey, no habrá en Soria
quien tenga de vos memoria
y os pueda ser enemigo?... (*Pausa.*)
Si le hubiese, y si taimado,
sin que el Rey cómplice fuera,
un lazo vil os tendiera
en que os viéseis enredado,
y despues se disculpára,
diciendo que al seductor
mató, no al embajador
del conde de Trastamara,
quién el error desharia
de si habeis aquí llegado
para asuntos del Estado,
ó si el amor os traia? ..
(Agenor suspira. Un momento de pausa.)
Comprendeis ya mi razon?...
Pues bien, si yo desviára
el puñal que os amagára
el pecho en esta ocasion.. ?
AGENOR. Os debiera mi existir,
pero no os lo agradeciera;
que es la muerte lisonjera
cuando es amargo el vivir.
MARÍA. Os pesa la vida?...
AGENOR. Mucho.
MARÍA. Por algun disgusto grave?...
AGENOR. Eso, solo Dios lo sabe!...
MARÍA. Y tal vez yo...
AGENOR. Vos? .. Qué escucho!...
MARÍA. Sé la causa en realidad
de ese profundo dolor.
AGENOR. Cuál es la causa?...
MARÍA. El amor.
AGENOR. De quién?...
MARÍA De aquella beldad.

(*Descorre la cortina que cubre la reja.*)

Miradla en campo de flores
en su hamaca purpurina,
columpiarse, cual divina
vírgen de castos amores.

AGENOR. Oh! Sí, sí; teneis razon;
esa es la bella que adoro!...
Allí está el rico tesoro
que busca mi corazon.

MARÍA. Muy cerca la estais mirando,
y muy lejos puede estar;
que al sol no es fácil llegar,
aunque nos esté abrasando.

AGENOR. Os burlais de mi esperanza?...

MARÍA. No; que en el mundo, cercano
se vé el bien, y nuestra mano
á tocarle nunca alcanza.

AGENOR. Ah! Sí! .. La guardan; la espían!

MARÍA. La cierran dobles candados,
y sus guardas avanzados
de otros guardas no se fian.

AGENOR. Oh! Si mi Zoraida amada
me viese al menos...

MARÍA. Locura!...
acaso asi se os figura
ver vuestra ambicion colmada?...
Para ese deseo ardiente,
tengo yo mejor remedio.

AGENOR. Mandad, disponed el medio;
yo le seguiré obediente.

MARÍA. A D. Pedro entregó Ab-del
las llaves de esa mansion.

AGENOR. A D. Pedro!... Maldicion!...

MARÍA. Mas yo se las quité á él.
Ahora, con su consejero
ha salido á revistar
las tropas, y han de tardar
un hora, segun infiero.
Si quereis tener la gloria
de ser de Zoraida dueño,
persuadidla con empeño
á que huya con vos de Soria.
Una hora, ya lo oís;
para arreglar la partida,
en estando decidida,
os abro senda, y partís.
(*Agenor se arrodilla.*)

AGENOR. Pedid mi vida, señora,
si algo vale para vos;
porque es la mano de Dios
vuestra mano bienhechora.

MARÍA. Gracias, Agenor; guardad
la vida, que no podeis
ofrecer lo que debeis
á vuestra amada beldad.
Ya se hunde el sol macilento,
sin sus rayos de escarlata;
cuidad que el astro de plata
no os halle en este aposento.
Una hora!...

AGENOR. Lo escuché.

MARÍA. Ojo avizor con el moro!...

AGENOR. Me llevaré mi tesoro.

MARÍA. (Yo tranquila quedaré.)

(*Doña María se va por la puerta izquierda; Agenor se acerca á la reja por donde vió á Zoraida.*)

ESCENA IV.

AGENOR.

Allí, cual ninfa divina,
velada, en tul trasparente,
aromas la dá el ambiente,
en su hamaca purpurina.
Allí está la que domina
las alas de mi razon;
la que enciende la pasion
en mi pecho enamorado,
y en un volcan ha encerrado
este pobre corazon.
(*Mirando con mucha ansiedad.*)
Ya llega; y sus tiernos brazos
la tiende doña María!...
Y la dulce prenda mia
la acoje en amantes lazos!
Mi pecho se hace pedazos,
de impaciencia... Andad!... Andad!...
Vuestro paso apresurad!...
Se detienen?... Sí; á mirarme!..
Zoraida, ven á abrazarme;
que me mata la ansiedad!...
(*Se separa de la reja.*)
Mi espíritu desfallece,
que tambien daña el contento!...
Alma mia, toma aliento,
y crece en tu fuerza, crece.
Bien el descanso merece
alma que dá tanto brio;
que aunque en tu valor confio,
abuso de tu valor...

(*Va á reclinarse en un sillon, y oye la voz de Zoraida, que grita dentro la mitad del verso; entonces corre á recibirla á la puerta de la izquierda, abrazándose los dos con entusiasmo.*)

ZORAIDA. Dueño mio! .. Mi Agenor!..

AGENOR. Mi Zoraida! .. Dueño mio! ..
(*Empieza á anochecer.*)

ESCENA V.

AGENOR, ZORAIDA.

ZORAIDA. Di que no es sueño el placer
que disfruto en este instante;
que mi razon delirante
no me hace un fantasma ver:
que eres, Agenor, mi amante!...
(*Agenor se arrodilla*).

AGENOR. Tu amante, tu esclavo, sí,
está á tus plantas postrado;
que de mi suerte apiadado,
te creó Dios para mí,
ángel bello idolatrado!

ZORAIDA. No con la rodilla en tierra
tú, dueño mio y señor,
me recibas; Agenor,
aquí tu imágen se encierra,
y aquí te llama el amor. (*Se abrazan.*)

AGENOR Oh! Si eternos estos lazos
pudiéramos estrechar!...

ZORAIDA. Quién los vendrá á desatar?...
Quién, de mis amantes brazos
te ha de poder arrancar!...
No; nadie!... Por siempre unida
desde hoy irá nuestra suerte...
Antes morir que perderte;
que lejos de ti, mi vida
fuera prolongada muerte.
Déjame, que embriagada
en éxtasis de placer,
el alma vuelva á su ser,
que al fuego de tu mirada

la siento en mí renacer.
En este instante, bien mio,
acreces, contra la ley
que oprime nuestro albedrío,
mi amoroso desvarío
en el Alcázar del Rey.

AGENOR. Zoraida, ya no me arredro;
que oyéndote hablar así,
ni el odio de Ab-del-Motrí
ni la pasion de D. Pedro
te separarán de mí.
Venga ese altivo leon
unido al fiero homicida...
Mi espada, nunca vencida,
les herirá el corazon,
aunque me cueste la vida.

ZORAIDA. Tú morir! . Tú, tú, mi gloria!...
No; que de Ab-del la cuchilla
cede á mi vista, y se humilla,
y aun puede salvarte en Soria
la que te salvó en Sevilla.
Celos te ha podido dar
del Rey la torpe pasion,
cuando es tu amor mi anhelar,
y hallo estrecho el corazon
para poderle llenar!...
Tuya soy, tuya es mi suerte:
no te apartarán de mí!

AGENOR. Siempre mia!..

ZORAIDA. Siempre, sí;
que solo podrá la muerte
separarme ya de ti

AGENOR. Pues selle nuestra pasion
tu juramento este dia,
abjurando tu fé impía
y amando la religion
que adora la raza mia.
Unidos así los dos,
nadie podrá separarnos;
que bien podremos amarnos
si amamos al mismo Dios
que puede juntos salvarnos.

ZORAIDA. Siendo todo mi amor tuyo,
á tu Dios el alma doy;
que si yo tu esclava soy,
y tú eres esclavo suyo,
soy su esclava desde hoy. (*Se arrodilla.*)
Escucha, Dios de Agenor!...
yo hago desde este momento
el solemne juramento
de ser tu esclava mejor
y acatar tu mandamiento.
(*Agenor se arrodilla.*)

AGENOR. Yo, Dios del pueblo cristiano,
que á tu ley la convertí,
la doy, Señor, ante tí
de fiel esposo la mano...
La aceptas, Zoraida?...

ZORAIDA. Sí!

(*Se dan las manos. Al mismo tiempo, se oyen por el lado izquierdo algunos sonidos de una guzla. Este aviso les hace levantarse con sobresalto despues que han escuchado cortos momentos.*)

Agenor, aprisa, aprisa!...
Huyamos al punto, huyamos!...
Con los ecos que escuchamos,
la Padilla nos avisa
el gran peligro en que estamos.

AGENOR. La Padilla! .. (*Tomando su espada.*)

ZORAIDA. Sí; que en vela,
en los altos corredores,
de nuestros perseguidores
fué celosa centinela,
guardando nuestros amores.
(*Se repite la música.*)
Otra vez! ..

AGENOR. Mas de qué modo
preparamos nuestra huida?...
(*Zoraida señala a la puerta izquierda.*)

ZORAIDA. Por aquí; que prevenida
la que lo ha dispuesto todo
tiene ya nuestra salida.

(*Por el foro se oye á lo lejos marcha marcial de clarines, o música militar de la época.*)

AGENOR. Los marciales instrumentos
se oyen en ecos distantes...

ZORAIDA. No perdamos los instantes!...

(*Van á salir precipitadamente por la puerta izquierda, y doña María les detiene. Saca un candelabro con luces.*)

ESCENA VI.

ZORAIDA, AGENOR, DOÑA MARÍA.

MARÍA. Ya perdísteis los momentos
mejores, ciegos amantes!...
Ya es tarde; que Ab-del-Motrí
á su Rey se ha adelantado;
en el Alcázar ha entrado,
Zoraida, y con frenesí
os busca desesperado.

AGENOR. Venga, si se atreve, aquí:
conmigo tengo mi acero;
y si lidiando no muero,
saldrás delante de mí,
á pesar del mundo entero.

MARÍA. Tratad, señor, de vivir,
antes que trance mas duro
nos ponga en mayor apuro...
Por allí podreis salir
del Rey mostrando el seguro;
y en logrando la salida,
huid de Soria, señor;
que os quedo comprometida
á volveros vuestro amor,
aunque me cueste la vida.

ZORAIDA. Partir él... Quedarme yo!...
Romper los recientes lazos
que me han unido á sus brazos
y que el cielo consagró;
primero me harán pedazos!

MARÍA. Si sois desgraciada vos,
reparad, Zoraida, en mí;
yo, que rival os temí,
y aun os suplico por Dios
que no os separeis de aquí!

AGENOR. Zoraida, adios!...

ZORAIDA. Imposible!...
Tu despedida me aterra! ..

AGENOR. Pronto empezará la guerra
y aquí volveré invencible,
conquistador de esta tierra.

(*Se oye la marcha marcial de música guerrera, mucho mas cercana que se oyó anteriormente, y se va acercando progresivamente, sin cesar, hasta la conclusion del acto.*)

MARÍA. Oid, oid los sonidos
de bélicos escuadrones;
no, mecido en ilusiones,
creais que aquí están dormidos
los castellanos leones.

D. Pedro llega á palacio
y le debo recibir;
si apreciais vuestro existir,
no os mostreis, señor, reácio;
no os descuideis en huir.

AGENOR. Ya os obedezco!...

ZORAIDA. Agenor!...
Tras de tí se vá mi vida!...

AGENOR. El alma llevo transida! ..

MARÍA. Apresuraos, señor ..

AGENOR. Adios, Zoraida querida! (*Se abrazan.*)

ZORAIDA. No, no: la muerte primero
que tu ausencia dolorosa!

MARÍA. Fiad en mí vuestra esposa.
Venid, amiga...

(*Doña Maria les ha separado. Agenor se va precipitadamente por la puerta derecha Zoraida se desmaya en brazos de doña María.*)

ZORAIDA. Yo muero! .

(*Se oye el grito de Ab del-Motrí por el interior de la puerta izquierda.*)

AB-DEL. (*Dentro.*) Zoraida!

MARÍA. Suerte horrorosa!

(*Cae el telon*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

—

El teatro representa el salon de un castillo de arquitectura gótica, situado á siete leguas de Búrgos; tres puertas ojivales al fondo, y detrás de estas, y á una regular distancia, se ve una galeria con ventanas de la misma época, abiertas y dejando ver por ellas las copas de los árboles del jardin, que figura estar debajo. Al lado derecho, en primer término, puerta secreta que conduce á la habitacion del Rey. En segundo término otra puerta, y otra al lado izquierdo. —La habitacion debe aparecer en desórden: las colgaduras en el suelo. Algunos espejos de la época descolgados; jarrones, pebeteros, candelabros y algunos otros muebles. Los esclavos árabes y algunos pajes cristianos van trasladando estos objetos, segun indicacion de sus jefes, pero todos se van por la puerta segunda de la derecha.—Queda ornada la estancia con alfombra, un divan y al lado una mesa. Al lado opuesto de la mesa, y junto al divan, dos almohadones.

ESCENA PRIMERA.

FARFAN, D. TELLO, HISEM, OLIVERIO, *pajes y escuderos castellanos, esclavos árabes.*

FARFAN. Conducid estos objetos
á la habitacion del Rey.

HISEM. Estos, al punto, vosotros,
al gabinete de Ab-del.

(*Los sirvientes acaban de llevarse todos los objetos indicados, y Farfan echa una mirada por la escena.*)

FARFAN. Pobre mansion de placeres!...
quién te ha visto, y quién te vé!

D. TELLO. Cuando cae un favorito,
forzoso es que ha de caer,
cuanto sirvió á su regalo;
ya es muy antigua esa ley,
y vale mas no subir,
que verse en tierra despues.

FARFAN. Pero es que doña María
aun no ha caido; y tal vez,
como es astuta y hermosa,
no pierda el amor del Rey.

D. TELLO. Es lo cierto, que D. Pedro,
variando de proceder,
viene al castillo sin ella,
que en Búrgos llora el desden.

FARFAN. En fin, muy pronto su alteza
llegará, y hemos de ver
si erige otro nuevo altar,
y quien el ídolo es...
Aquí llegaron rumores
de que era una bella infiel
la que...

D. TELLO. Silencio, Farfan!

(*Mirando con desconfianza á Hisem.*)

FARFAN. Sello mis labios, y amen.
Ya que todo está arreglado,
y acompañarme debeis
hasta que llegue su alteza,
dispensadme la mercé
de contarme con detalles
la batalla que dió al Rey
tanto triunfo en Navarrete,
como deshonra al francés.

D. TELLO. No fuera malo, Farfan,
que nos dierais de beber,
y así se unieran las glorias
de Navarrete y Jerez.

FARFAN. Al momento. (*Se va por la puerta derecha, y sale á poco con botellas y vasos.*)

OLIVERIO. Bien, Farfan!

D. TELLO. Dejáras de ser inglés
si no aprobáras... Y tú?... (*á Hisem.*)

HISEM. Yo no bebo. fumaré.

(*Saca una pipa, y la enciende.*)

FARFAN (*saliendo*) Ea, señores, bebamos,
brindando por nuestro rey,
y por los que en Navarrete
supieron lidiar tan bien.

(*Llenan los vasos, los chocan, y beben los tres.*)

Sentarse, y hablar ahora...

(*Se sientan y callan todos.*)

Quién empieza?

OLIVERIO. Que hable Hisem.

HISEM. Cuando fumo yo, no hablo.

FARFAN. Pues que hable Tello.

D. TELLO. Hablaré.
Quién rehusa relatar
jornada de tanta prez,
donde con sangre francesa
bañó D. Pedro su arnés,
donde á su hermano D. Sancho
hizo á sus plantas poner,
donde el príncipe de Gales
aprisionó á Duguesclén,
que á no tener tal alcaide,
muriera á manos del rey?

HISEM. Al fin, estranjero es uno,
y otro estranjero tambien.

OLIVERIO. Y tú, moro, de dónde eres?

HISEM. Yo?... De España.

OLIVERIO. Pero infiel.

D. TELLO. Ea, no armemos camorra,
y escuchad...

FARFAN Antes bebed...

D. TELLO. Brindemos por Navarrete
con la gloria de Jerez.

FARFAN. Brindemos, que poco tiempo
nos queda para el placer.

(*Llenan los vasos, chocan y brindan,*)

D. TELLO. Por el triunfo de Castilla
que alcanzó lidiando...

(*Tres puntos de clarin, en el interior del castillo, le anuncia la llegada de D. Pedro.*)

TODOS. El Rey!

(*Beben, y salen todos, menos Farfan, por el foro á su izquierda. Dos escuderos salen por la puerta segunda izquierda, y á indicacion de Farfan, se llevan las botellas y vasos. Farfan espera en el foro, hasta la entrada del Rey.*)

ESCENA II.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI, FARFAN, TELLO, OLIVERIO, HISEM, *pajes, capitanes y guardias.*

(*D. Pedro se sienta; Ab-del-Motri se coloca á su lado en pié.*)

PED. Retiraos, mis pajes y mis guardias;
y tú, Ab-del, permanece al lado mio.
Cuida, Farfan, de que descanso encuentren,
abriendo á su placer todo el castillo.

(*Todos, menos Ab-del, saludan, y se van por donde salieron*)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL.

PED. Ya dejamos de Búrgos los festines,
preparados por ti para mi alivio:
ya estamos en el campo; pero el alma
siente desfallecida su vacío.

AB. Veo con sentimiento la tristeza
que os aqueja, señor, mas no el motivo.
Mucho oro nos dá Córdoba, y Sevilla
doce mil hombres de brillante equipo.
Ganamos dos provincias; y si á España
vuelve el usurpador, en un castillo,
de espantajo poniendo su cabeza,
ahuyentará de la traicion los tiros.

PED. Tú dispondrás, con tu prudencia sábia,
cuanto acreciente el bien de mis dominios;
y en los árduos negocios del Estado
concede trégua á tu infeliz amigo.

AB. Infeliz, es verdad!... Ahora conozco
que padeceis, señor, hondo martirio!...
Ya del oro la voz no os embelesa;
os disgusta del cetro el poderío;
no atendeis al placer de la venganza;
ni una tierna mirada de cariño
para vuestra querida os ha quedado..
ni aborreceis, ni amais... no sois el mismo.

PED Quizá no la ame ya, y esta es la causa
de que se sienta indiferente y frio
el corazon, que sin pasiones muere
cuando en fuertes pasiones ha vivido.

AB. Las pasiones, señor, son como el aire
que se encierra en los odres; y asimismo,
fuerza tomando en comprimida valla,
brotan despues en huracan altivo.

PED. Es cierto, Ab-del, que lleno de deseos,
siento, doliente, el corazon henchido.

AB. Amais, entonces?...

PED. Sí: creo que amo.

AB A Zoraida?

PED. A Zoraida.

AB. Comprendido...
A la hija de un monarca poderoso!..
A un tiempo os compadezco y os envidio.

PED Digno de compasion es mi desgracia!

AB. O de envidia, tal vez, seais mas digno.

PED. Zoraida no me ama.

AB. A la pureza
de su sangre no fuera permitido
abatirse y ceder por las pasiones
que otra mujer comun doble su brio.
No; no sirve Zoraida, ciertamente,
para el harem de un rey antojadizo,
que no abren su capullo ciertas flores
mas que en la cumbre de elevado risco.
Zoraida es una reina, y su sonrisa
no asomará jamás al labio altivo,
hasta que ocupe, en elevado trono,
asiento régio, de su estirpe digno.

PED. En el trono su asiento!... Qué dirian
los cristianos, si con lazo impío,
el sólio de Castilla profanára
una reina que adora el paganismo! ..

AB. Y quién dice que un dia, enamorada,
no os hiciera Zoraida el sacrificio
de su Dios y su ley, despues que el alma
su tesoro de amor haya rendido?

PED Ella que huye de mí!..

AB. Mas ingenioso
para estudiar el femenil capricho
os juzgaba, señor!.. La raza mora
reconcentra y penetra con mas tino.
Cómo quereis que la que, diosa altiva,
cree un mundo á sus pies siempre rendido,
ame ostensiblemente al hombre esclavo
que otra mujer sujeta á su albedrío?

PED. Zoraida está celosa, por ventura? ..

AB. Lanza la tortolilla su quejido,
celosa, entre nosotros; la pantera,
á la pantera, con terrible brio
se abalanza, destroza y martiriza,
ante el tigre que celos ha infundido.
Celos de Arabia son tormentos fieros,
y al árabe ese mal persigue impío.

PED. No amé jamás como á Zoraida adoro!

AB. Casaos con ella.

PED. María..

AB. Os trae remiso!..
Separadla de vos A vuestra esposa
la cedisteis un dia en sacrificio,
y hoy su gastado amor, que ya no impera,
que al corazon no impele en su latido,
temeis trocar por el amor mas bello
que en sus galas el mundo ha conocido?

PED Tienes razon; pero ella moriria
si yo la retirase mi cariño.

AB. Tanto os ama, señor?...

PED. Puedes dudarlo?...

AB. Permitidme dudar...

PED. Cállate, impío!
En pecho femenil amor tan grande
ni puede hallarse ya, ni habrá existido.

AB. (Aun la profesa amor; no despertemos
al orgullo y los celos un motivo
que le diera razon á preferirla
á todas las mujeres) Os he dicho
que dudo de su amor, no porque crea
que infiel doña María os haya sido ..
Ni yo pudiera suponer tal crimen;
que si a la duda de su amor me inclino,
es porque al verse hoy menospreciada,
desdenes sufre de su régio amigo,
y persiste en vivir á vuestro lado
viendo impasible vuestro rostro esquivo

PED. Y no es de amor y abnegacion la prueba?

AB De ambicion puede ser, y de egoismo.

PED. Tú á esa mujer, Ab-del, desecharlas?...

AB. Siendo Zoraida el cambio prometido ..

PED. Oh! no!... jamás!

AB Sufrid, pues lo quereis.

PED. Piensas que á tal sentencia me resigno?...
No creí, moro, que valor tuvieras
para decir al Rey: sufre el martirio;
antes que apresurado y respetuoso
le dijeras: Señor, os daré alivio.
AB. A costa del honor de la hija bella
de aquel que fué señor y dueño mio,
no dócil me hallareis, Rey de Castilla,
aunque me deis la muerte por castigo.
PED. Y no sabes, infiel, que el Rey D. Pedro
nunca obstáculos halla á su capricho?...
AB. Sé tambien, gran señor, que sois prudente,
y apelo á la razon de vuestro juicio.
Zoraida es inocente, candorosa;
si os ve de la Padilla desunido,
y de esposo la haceis el juramento,
os fiará amorosa su destino.
PED. Tú lo aseguras?
AB. Lo aseguro, señor.
PED. Pues yo á mi vez, aunque á María estimo,
juro el lazo romper que á ella me liga,
y tanto tiempo mi ilusion ha sido.
AB. Ahora os toca imponer las condiciones.
PED. De escudos un millon en donativo,
y que vaya á fijar su residencia
al país por su gusto preferido.
AB. Muy bien! .. Más rica y respetada
otra princesa no hallará, lo afirmo.
No de otro modo obrar le corresponde
con una dama á un príncipe magnífico.
Pero fuera de España, por supuesto,
fijará esa señora el domicilio?...
PED. Es condicion precisa?
AB. Indispensable.
El mar entre el amor nuevo y antiguo;
sino Zoraida temblará insegura.
PED. Alcese entre las dos el mar altivo.
Zoraida es mia: su rehen reclamo.
AB. Nada más que esa prenda?... Parco ha sido
mi rey en la eleccion...
PED. Necio, no sabes
que el amor de Zoraida necesito?...
Que la pasion que siento me devora;
que no me han detener respetos nimios;
que el soberbio leon, cuando esta hambriento,
valladares no encuentra á su apetito?...
Si á Zoraida me niegas, no conoces
que á tu pesar, la tomaré yo mismo?...
Que si muestras enojo en el semblante,
concederé á mi pueblo el regocijo
de verte ahorcar, y alegre y satisfecho,
irá á reir al pié de tu suplicio?...
AB Cierto, señor; pero despues de ahorcado,
doña María velará en su auxilio
PED Tenga yo hambre de amor, y ella recuerde
de Blanca de Borbon el esterminio.
AB. Loco será quien ante vuestra cólera
humilde no se postre... Habeis vencido
PED Me darás á Zoraida?
AB. Qué, negarla puede
un mísero esclavo á su albedrío?...
Vuestra será; pero, señor, presente
tened desde ahora mi consejo amigo:
alejad á María y sus parciales,
que son vuestros contrarios mas temidos;
desvaneced escrúpulos que anida
de mi Zoraida el corazon sencillo,
que antes, si no, de que seais su dueño
ha de sentir de su puñal el filo.
PED. Cómo tengo de obrar?... De qué manera?...
AB. Fiad, don Pedro, en mí, que bien os sirvo.
Doña María, en Búrgos, confiada,
no supone á Zoraida en este sitio.
PED. Zoraida aquí!... Dónde?... Me engañas?...
A mi impaciencia añades incentivos?...
AB Reportaos, señor, si no ha llegado,
muy pronto llegará
PED. Feliz destino!..
Cuándo?... Cuándo?
AB. Esta noche
PED. De Búrgos no descansa en su retiro?...
AB. A esta hora, puede que en veloz carrera
venga ya caminando á este castillo.
Hay siete escasas leguas, y en tres horas
el árabe alazan cruza el camino.
PED. Y de buen grado viene presurosa
Zoraida, á acompañarme en este sitio?
AB. Vendrá... y es lo bastante... nada importa
qué su trazada senda haya perdido...
Nada importa que, frágil ó indiscreta,
de su rival siguiendo los designios,
á Francia se dirija, de mí huyendo,
cuando su guia está á mi voz sumiso
Pobres mujeres!... Lástima merecen!...
Amor y celos les fascina el juicio,
sin preveer que el pensamiento suyo,
al brotar en su mente, yo adivino.
PED. Esplícate, por Dios!
AB. Esplicacion mas clara
verá su alteza en este pergamino,
del criminal ardid de vuestra dama.
(*Le dá un pergamino, que D Pedro lee con avidez*)
PED. (*leyendo*) «Caballero Agenor; aquí vivimos,
»la mia y vuestra amiga, vigiladas;
»ahora que libre tengo algun respiro,
»con gusto, y á su ruego, estos renglones,
»que en vuestra mano entregará un amigo,
»para enteraros del proyecto nuestro,
»de la amistad en nombre, hoy os escribo.
»A Riánzares corred, pequeño pueblo
»entre Francia y España fronterizo,
»y cuando sepa ya vuestra llegada
»por el fiel mensajero que os envio,
»dispondré de Zoraida la partida,
»y en alas llegará de su cariño.
»Guardad vuestro tesoro vigilante,
»y mandad desde el plácido retiro
»las bendiciones que, labrando dichas,
»María de Padilla ha merecido»
(*Despues de observar*)
No es letra de María...
AB. Pero es copia
que del original tomé yo mismo,
que esa dama escribió.
PED. Cierto?...
AB. Ciertísimo.
Ved la contestacion del caballero
á quien con tal bondad ha protegido
(*Le entrega otro pergamino, que lee el Rey.*)
PED. «Agradezco, señora, los favores
»de que colmais á vuestro buen amigo;
»y desde hoy en un mes, hora por hora,
»juro esperar en Riánzares tranquilo.
»No abandono mi acero, porque gloria
»conquistando con él, seré mas digno
»de la mujer que adoro; pero á España
»no volveré en las lides á esgrimirlo,
»si vos no lo exigís, ó si á Zoraida
»no lograse mirarme reunido;
»que en caso tan fatal, iria al punto
»en busca suya, hasta el infierno mismo.

»Con Agenor de Mauleon, señora,
»contad por siempre como fiel amigo.»
(*Representa.*) Cómo estos pliegos recoger pudiste?
Ab. Porque yo á todos con cautela espío;
y de doña María el confidente
un árabe muy fiel llevó consigo...
que despues volvió solo, porque al otro...
le mató... no sé quién, en el camino.
Así les pude ver, y así llegaron
luego á sus dueños, por mandato mio,
tomando copias que hoy os patentizan
de esta trama sagaz todos los hilos.
Ped. El dia siete se escribió este pliego,
y ya el plazo espiró...
Ab. Vivid tranquilo,
que volará inocente la paloma,
su senda perderá, y en este nido
reposará feliz y satisfecha.
En tanto, en el plácido retiro,
libre de su rival, doña María
descansa de los celos que ha sufrido
Ped. Pero Zoraida á ese francés conoce;
le ama, le busca, arrostra los peligros
por llegar á su lado; y la pintabas
de pureza y candor raro prodigio!. .
Ab. De pureza y candor es un modelo:
limpia de mancha, como el blanco armiño,
el alma de Zoraida se mantiene,
por más que atente á su virtud el vicio.
Ped. Pero Zoraida, de otro amor herida,
nunca podrá pagar el amor mio.
Ab. Halagos y promesas, y ocasiones,
rinden el corazon endurecido.
Ped. La mitad de mi reino á tus afanes
ofrezco dar, si tanto bien consigo.
Ab. Jamás podreis tan grande recompensa
con mas justicia dar á mis servicios.
(*Sale un oficial castellano por el foro derecha; al ver al rey se detiene.*)

ESCENA IV.

D. Pedro, Ab-del, *un oficial.*

Of. Señor!... (Cielos, el Rey!..) No sé si debo ..
Ped. Hablad!
Ab. Seguid; no esteis remiso.
Of. La mision que os dignásteis confiarme,
del modo que ordenásteis se ha cumplido.
En poder nuestro se halla ya la dama.
Ab. Que entre inmediatamente en el castillo.
(*Se va el oficial*)

ESCENA V.

Don Pedro, Ab-del.

Ped. Es mi Zoraida, Ab-del?
Ab. Quién ser pudiera?...
Ped. Oh! que sumo placer!... Gracias, Dios mio!...
Esta es la vez primera de mi vida
que entre miedo y placer, tiemblo y respiro!
Ab. Tranquilizad el corazon vehemente:
disponed á oir quejas vuestro oido...
la indignacion revelará en sus ojos,
y calmarla, señor, será preciso.
Todo lo vence el tiempo y la constancia;
que es vuestra os dije ya, y os lo repito.
(*Suena un clarin, dando la señal de recepcion en el castillo. Los dos corren á las ventanas del foro en la galeria.*)
Ped. Ya llega! Quiero verla!... Es ella!... Es ella!...
Quién puede ya arrancarla á mi dominio!
(*Vuelven á entrar en el salon, y se quedan al dintel de las puertas del foro, para recibir á la que esperan. Por la derecha del foro sale Zoraida, asida de la mano de doña María, que viene cubierta con un largo manto. Cuatro oficiales que las siguen, se quedan en la parte exterior, y se retiran luego que han entrado las damas.*)

ESCENA VI.

D. Pedro, Ab-del, Zoraida *y* Doña María.

Ped. Zoraida bella, perdonad, os ruego,
si enfadosa sorpresa os ha afligido.
Permitidme que os dé la bien venida,
y el saludo admitid de vuestro amigo.
(*Doña María se echa atrás el manto, descubriendo el rostro.*)
Mar. Y no merezco yo que me salude
un caballero, á damas tan cumplido?
Ped. María! ..
Ab. (La Padilla!... Oh! el infierno
nos trae esta mujer, para martirio!)
(*Pausa.*)
Mar. Hablad, señor!... O nos negais acaso
un hospedaje de nosotras digno?...
A unas damas errantes no concede
el Rey don Pedro, generoso asilo?.
Ped. (Con sarcástico tono me avergüenza,
y estoy en su presencia confundido!)
Sígueme, Ab-del.
(*Se va por la puerta segunda de la derecha.*)
Ab. (Ella ha olvidado
que su astucia sagaz mide conmigo.
(*Sigue á D. Pedro.*)
(*Zoraida se echa en brazos de doña María, y ambas, abrazadas, volviendo la vista y fijando el oido hácia el sitio por donde fueron D. Pedro y Ab-del, permanecen los cortos momentos que se necesitan para perder el ruido de sus pasos.*)

ESCENA VII.

Zoraida, Doña María.

Zoraida. No me abandoneis, señora!
María. Nada temas, hija mia,
que desde hoy doña María
es tu madre y protectora.
Aun tengo poder bastante
para frustrar los intentos
de esos dos lobos hambrientos,
que huyen al ver mi semblante.
Nunca la traicion es fuerte,
ni se humilla la nobleza;
yo, con teson y firmeza,
velaré aquí por tu suerte.
Zoraida. Y la vuestra no os apura?
María. Pues quién tan osado fuera
que contra mí se atreviera?...
Nadie; nadie: estoy segura.
(*Farfan sale por la puerta derecha, y saluda con respeto.*)

ESCENA VIII.

Doña María, Zoraida, Farfan.

Farfan. Señoras!... pido perdon...
María. Qué el buen Farfan nos reclama?...
Farfan. Rogar á esa noble dama,
me siga á su habitacion.

(*Zoraida se abraza á doña Maria.*)

ZORAIDA. (Señora!..)

MARÍA. (Confia en mi.)

(*Doña Maria pasa delante de Zoraida, y esta va á sentarse en los almohadones que están junto al divan. Acaba de anochecer.*)

Decid al que os ha enviado,
que ambas hemos acordado
quedarnos juntas aquí
Que, aunque está desalojada
de su antigua ostentacion,
tengo ley á esta mansion,
y que á las dos nos agrada.
Y ya que aqui no hay ahora
cien cortesanos, como antes,
siempre á servirme aspirantes,
vos lo hareis.

FARFAN. Mandad, señorá.

MARÍA. Mi vajilla necesito.

FARFAN. Como á pasar temporada
no vino el rey, aqui nada
trajeron... Siento infinito!...

MARÍA. Pero un rey hospitalario,
como don Pedro, en sù casa
no querrá ponernos tasa.

FARFAN. Mande vuestra señoria,
que, lo mismo que antes, hoy
un criado vuestro soy.

MARÍA. Farfan, refrescar queria.

FARFAN. Os voy al punto á servir.

MARÍA. Y traedme, de camino,
una hoja de pergamino
y recado de escribir.

(*Farfan saluda, y se va.*)

ESCENA IX.

DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

MARÍA. Dónde están tus servidores!...
Dónde tus damas y pajes;
y entre floridos ramajes
tus músicos y cantores!...
Donde el rey batallador
viene á poner á tus piés
su fuerte y brillante arnés
de la guerra triunfador!...
Aquí reinaba el placer,
la riqueza y la hermosura;
y hoy sola, mezquina, oscura,
la alegre mansion de ayer!...
Una débil esperanza
alimenta el alma mia;
cuando ya no me sonria,
me animará la venganza,

(*Sale Farfan con dos bujias, que coloca sobre la mesa. Detrás dos esclavos, el uno con dos fuentes de plata que contienen frutas en dulce; otro, con dos copas del mismo metal y dos botellas, una con vino y otra con agua. Los esclavos se van en cuanto dejan los efectos que han traido.*)

ESCENA X.

ZORAIDA, DOÑA MARÍA, FARFAN.

FARFAN. Manda mas vueseñoria?

MARÍA. La mitad se os ha olvidado,
de lo que antes he mandado...
Dónde está la escribania?

FARFAN. Perdonadme... no es olvido...
pero el canciller no está,
y el pergamino tendrá
en el cofre real metido.

MARÍA. Comprendo! .. Gracias, Farfan;
cumpliste tu obligacion...
vete... (Sufre, corazon,
los desdenes que te dan!)

(*Farfan saluda, y se vá.*)

ESCENA XI.

DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

MARÍA. Huyes de mí?...

(*Zoraida se levanta, y corre hácia su amiga.*)

ZORAIDA. Ah!... no señora!...
Mandadme, doña María.

MARÍA. Llena una copa, hija mia:
tengo sed abrasadora.

(*Doña Maria se sienta en el divan, cerca de la mesa. Zoraida llena una copa de vino, se la dá, y doña Maria bebe maquinalmente.*)

ZORAIDA. Con mucho gusto... bebed.

MARÍA. Agua!... agua, por Dios, te ruego;
que este vino aumenta el fuego,
lejos de aplacar la sed.

(*Zoraida llena una copa de agua y se la ofrece. Doña Maria, despues de beber, se levanta.*)

Oh! . yo pierdo el tiempo aqui...
quiero al Rey la confesion
arrancar de su traicion,
ó hacerle volver en sí.
Zoraida; tú, pura y bella,
que en tu cándida mirada
deja el alma retratada
cuanto hay recatado en ella,
responde, compadecida,
á esta infelice mujer...
¿has llegado á comprender
el orgullo, en esta vida?
Has tenido vanidad?...
La ambicion te ha fascinado?
Has, por desgracia, envidiado
mi dicha y prosperidad? ..
De tu palabra, pendiente
está ahora mi destino..
De ese encuentro repentino
eres, Zoraida, inocente?...
Dime; no lo sospechabas?...
A ese Hafiz no conocias?...
No te dijo, no sabias
que á este sitio caminabas?...

ZORAIDA. Será posible, señora,
que vos abrigueis tal duda?...
La que mi pasion escuda!..
Mi amiga!.. Mi protectora!...
Vos que llevarme queriais
á los brazos de mi amante,
que falte a mi fé constante,
por ambicion, creeriais?...

MARÍA. Ah! si; tu inocente calma
mi fiera inquietud desecha...
No cabe tan vil sospecha
en la pureza del alma!
La mia en fiera tortura,
por combates mundanales,
siempre augura nuevos males;
nunca en el bien se asegura.

ZORAIDA. Yo no soy harto elocuente
para poder persuadiros...
yo no sé cómo deciros
lo que mi corazon siente.

Mas, juro por el Dios vivo
que á este mundo da la ley,
que no ha de vencer el Rey
este corazon altivo.
Que desmaye no temais:
no faltará en el castillo
un acero, ó un anillo,
como ese que vos llevais.

(*Doña María esconde la mano con rapidez entre los pliegues del manto.*)

MARÍA. Como el mio!...

ZORAIDA. Os sorprendeis? ..
Sé que vivís prevenida,
y que perdereis la vida
si a vuestro dueño perdeis.
Si obrais así vos, señora,
que habeis nacido en España;
en mi este rasgo os estraña,
tan propio en la raza mora!...
No tendré menos valor:
decidida está mi suerte...
Para don Pedro mi muerte;
mi vida para Agenor.

MARÍA. Envidiable proceder!...
Si al amor propio atendiera,
tu noble ejemplo siguiera,
que así lo dicta el deber.
Si: yo debiera morir,
viendo mi favor perdido;
porque se han desvanecido
mi gloria y mi porvenir...
Mas quien luego velaria
por la suerte de mi amante?...
Que, aunque ingrato é inconstante,
le adoro mas cada dia!
Quién su guarda habrá de ser?...
A dónde están sus amigos?...
Solo se ven enemigos
que le asedian por dó quier.
Tú, á ninguna seduccion
cederás; tranquila estoy.
Mi afan será desde hoy
hacer frente á la traicion.
Ahora empieza mi campaña:
si Dios proteje mi plan,
antes del dia se harán
cambios que asombren á España.

ZORAIDA. Doña María, por Dios,
templad vuestro frenesí;
pensad que no tengo aquí
confianza mas que en vos.

MARÍA. Pensando estaba lo mismo;
que ya en la desgracia unidas,
en nuestras almas queridas
no puede haber egoismo.
Descansa; que al Rey veré,
y con sus propios colores,
los enemigos traidores
del trono le mostraré.
Le echaré en rostro la gloria
que logró de los contrarios,
porque amigos mercenarios
le alcanzaron la victoria.
Sabrá que los castellanos
huyen de él avergonzados,
por no mirarse mezclados
con guerreros mahometanos.
Entra en esa habitacion,
que yo pronto volveré.

ZORAIDA. Sola!. . No... con vos iré!...

MARÍA. A ver al Rey!. .

ZORAIDA. Ah!... Perdon! ..

MARÍA. Tranquila, al sueño te entrega.

ZORAIDA. No hay sueño donde hay tormento!

MARÍA. Pues en tu recojimiento,
á Dios por mi triunfo ruega.
Si le alcanzo venturoso,
de aquí al punto partirás,
y segura volarás
á los brazos de tu esposo.

(*Por una ventana de las que hay en la galería del foro, aparece la cabeza de Hafiz, entre las ramas de los árboles. Escucha y observa con mucha atencion.*)

ZORAIDA. Gracias; dejadme besar
vuestra mano bienhechora. (*La besa*)

MARÍA. Adios, Zoraida. (*La abraza*)

ZORAIDA. Señora,
que Dios os haga triunfar.

(*Doña María se va por la puerta segunda de la derecha, y Zoraida por la izquierda, que cierra tras de sí. Hafiz entra cautelosamente en la escena; escucha primero por una y luego por la otra puerta, y en seguida vuelve á la ventana del foro. Ayuda á subir por ella á Ab-del-Motri.*)

ESCENA XII.

AB-DEL-MOTRÍ, HAFIZ.

AB-DEL. Qué hay, Hafiz?...

HAFIZ. Doña María
á don Pedro corre á hablar,
y, segun pude escuchar,
siniestra intencion la guia.
Al árabe quiere mal,
y su esterminio ha jurado.

AB-DEL. Por qué, di, no has atajado
su paso con tu puñal?...

HAFIZ. Señor!... (*humillándose.*)

AB-DEL. Oh!... somos perdidos! ..
El Rey ama á esa mujer,
y al fin le habrá de vencer,
si dá á su razon oidos.

HAFIZ. Ya no se puede impedir
que hable al Rey la altiva dama;
pero yo, por la ventana
su plática puedo oir.
(*Observa por todas partes.*)
A nadie en vela se vé;
bajo al patio, y diligente,
como rastrera serpiente,
la columna treparé.

AB-DEL. El Profeta te ha inspirado!...
Corre, Hafiz, corre al momento,
y no pierdas un acento.

HAFIZ. Descuidad.

(*Hafiz se va por donde entró. Ab-del queda satisfecho y mirando á la puerta por donde salió doña María dice.*)

AB-DEL. Aun no has triunfado.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion, con todos los objetos del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

AB-DEL-MOTRÍ *aparece sentado: se levanta, va al foro, y observa por la galería. Vuelve á la puerta secreta y escucha cortos momentos.*

AB. Mucho Hafiz se retarda!... La impaciencia
no puedo resistir... Oh! Qué tormento!...
El corazon me late con violencia,
cual nuncio de fatal presentimiento.
Temes, Ab del, tan débil enemigo?...
Débil!... Oh!. . No, que por la astucia es fuerte!...
Si alejarla del Rey hoy no consigo,
cierto es su triunfo y mi afrentosa muerte.
(*Hafiz entra en la escena saltando por la galería del foro.*)

ESCENA II.

AB-DEL, HAFIZ.

HAF. Señor, señor!...
AB. Hafiz! ..
HAF. Esa cristiana
de traidor os acusa ante su Alteza;
denuncia de Zoraida accion liviana,
y ha demandado al Rey vuestra cabeza.
AB. Liviandad en Zoraida!... Hados fatales!
De qué su torpe lábio la ha acusado?...
HAF. «La ligan á Agenor lazos nupciales,
»dijo al Rey, y su padre os ha engañado.»
Pruebas pide D. Pedro enfurecido.
»Probar, señor, mi acusacion me toca,
»dice doña María; á vuestro oido
»la confesion hará su propia boca.
»La hija del moro Ab-del, no de un rey moro,
»como os fingió la intriga maliciosa,
»por la que dais el nacional decoro,
»es de Agenor de Manleon esposa.
»Ab-del os vende: vuestro honor mancilla:
»desmembra vuestro ejército cristiano;
»fragua vuestra cadena, y en Castilla
»quiere alzar el pendon Mahometano.»
Ya llorosa, ya altiva, ya insinuante,
consigue de D. Pedro ser creida;
que á Zoraida á buscar vendrá al instante,
y de su lábio pende vuestra vida.
AB. Yo evitaré su peligroso intento...
Tú en el jardin, perenne centinela,
el oido á mi voz tendrás atento,
y con ojo avizor observa y vela.
(*Hafiz saluda y se va por la misma ventana de la galería por donde entró*)

ESCENA. III.

AB-DEL, *escucha; primero en la puerta secreta, y luego en la que da entrada á la habitacion de Zoraida.*

No temas, corazon: late sereno;
muéstrate ahora, como siempre, fuerte...
(*Saca un pomo y derrama el liquido que contiene, en la copa donde antes bebió doña Maria*)
Preparado en la copa está el veneno ..
(*Empuñando la daga.*)
Preparada en mi daga está la muerte.
(*Prestando oido á la puerta secreta.*)
Oigo pasos!... Sí, sí; no hay duda, es ella...
Astuta cortesana, verás luego
si eclipsas tú mi bonancible estrella,
ó al rayo de tu sol apago el fuego.
(*Se oculta tras de las columnas del foro. Sale doña Maria por la puerta secreta, y se deja caer en el sillon que está junto á la mesa.*)

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA, AB-DEL, *oculto.*

MAR. Echada está la suerte, y me estremezco!...
Tendrá resolucion la jóven mora
para decir al Rey, yo no os merezco,
hay otro ser á quien mi pecho adora?...
Sí, la tendrá; confio en mi ascendiente
sobre su corazon, y así, indignado,
el Rey castigará por delincuente
contra el honor del trono á su privado.
Es fuerza terminar: arde mi frente;
horrible fiebre el corazon devora!...
Oh! Si apagar este volcan ardiente
pudiera esta bebida bienhechora!
(*Bebe de la copa en que Ab del derramó el liquido.*)
Cómo siento el benéfico rocío
mis venas refrescar, dando consuelo!...
(*Se levanta y se siente desmayar.*)
Oh Dios! Qué es esto! .. Repentino frio
me oprime el corazon... Mi sangre es yelo!...
Esta mortal angustia! .. No adivino...
Oh! Sí: traicion!. . Traicion! Estoy perdida!...
Zoraida!... Amigos!...
(*Discurre trabajosamente por la escena esforzando la voz. Ab-del sale precipitadamente, y asiéndola de un brazo, quiere obligarla á callar. Ella lucha por desasirse. Ab-del trata de taparla la boca con el pañuelo que la ha arrancado de la mano, y salen entrecortadas de los labios de doña Maria las últimas palabras. Ab-del, sin soltar á su victima, apaga las luces.*)
AB. Calla!. .
MAR. Oh!... Asesino!..
AB. Tú quisiste jugar vida por vida.
MAR Aquí, D. Pedro! .. Guardias!... Ah!... Verdugo!...
(*Cae exánime en el sillon.*)
Yo muero!... Dios! Piedad!
(*Zoraida sale precipitadamente de su habitacion; pero vacila en la oscuridad, hasta que, discurriendo al azar, toca en el cuerpo de su amiga.*)

ESCENA V.

AB DEL, DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

ZOR. Señora!. .
AB. Es ella!...
(*Zoraida toca á doña María, y en aquel momento, Ab-del la sujeta el brazo, la arranca el puñal que lleva en la cintura y la hiere con él en el hombro Zoraida se desmaya y cae en tierra.*)
ZOR. Doña María!... Ay!...
AB. A Alá le plugo;
destino fué de mi maldita estrella.
(*Ab-del busca la mano izquierda de doña María, abre el anillo que lleva en el dedo, figura derramar el veneno que encierra, y vuelve á cerrarle. En seguida pone atencion; cree oir pasos por el interior de la puerta secreta y se va precipitadamente, sin olvidar que se halla oscura la escena, por la segunda puerta de la derecha. D. Pedro sale por la puerta secreta.*)

ESCENA VI.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

PED. Qué oscuridad!... Por Dios, que no esperaba
encontrarlas tan pronto recogidas!...
María prometió que en este sitio
esta noche Zoraida me hablaria.
Oh! Si su enlace criminal declara,
mortal sentencia contra Ab-del fulmina.
Yo no debo esperar; ya me devora
la incertidumbre que mi pecho agita.
(*Se dirige hácia la puerta de la izquierda, y á su paso*

trepieza con el sillon en que descansa el cuerpo de doña María El Rey la toma una mano y toca despues su frente.)

Qué es esto! .. Ira de Dios!... Es un cadáver!...
Un rostro helado... Si!... Cielos!.. María!..
(Se dirige á la puerta derecha, llamando con esforzada voz)
Guardias!... Ab-del!... Farfan!... Luces;
el Rey os llama; acudid! .. Me ahoga la ira!...

ESCENA VII.

Los de la anterior, y Ab-del, Farfan, don Tello, Oliverio, Hisem. *Pajes con luces. Guardias con los aceros en las manos.*

Ab. Sois vos, señor?...
Varias voces. El Rey!...
(D. Pedro toma una antorcha, se acerca al sillon de doña María y ve entonces á Zoraida)
Ped. Por Jesucristo!...
Venid, mirad!... Oh! Suerte impia!....
Muerta tambien Zoraida! . Los infiernos
desatan su poder contra mi dicha!
Ab. Muerta Zoraida!... Qué decís, D. Pedro!...
Ped Muertas las dos .. Vil sarraceno, mira!
(D. Pedro, asiéndole del brazo, le empuja entre ambos cuerpos.)
Ab. La Padilla!.. Zoraida!... Alá me valga!
(Se arrodilla junto á Zoraida, y esclaman los cortesanos:)
Cortesanos. Muertas!...
Ab. *(Mirando con rencor á doña María.)*
Oh! Traicion!... Mujer maldita!
Ped A quién llamas traidor, cuando tú solo
pudo aquí cometer tal villanía?...
Ab. Acusadme, señor; eso merece
quien, cual yo, por su Rey se sacrifica!...
Triste consuelo, al ver correr la sangre
del bello vástago de mi gran Califa!...
Yo el ofendido soy, quejarme debo,
y mi ahogado dolor aun os indigna!...
Ped. Quejarte tú?... De qué?...
Ab. De que estoy viendo
el horrible puñal con que homicida
el pecho hirió de mi Zoraida bella
la celosa y cruel doña María.
Vedle, señor; sangriento ante sus plantas
es el acusador de su perfidia;
y aun me parece ver que de sus manos
la crispatura cede y se desliza.
Ped. Será cierto?... María!... No; imposible!
No ha muerto ella tambien?... Y no se pinta
la indignacion en su semblante lívido!...
Quién la dió muerte?...
Ab. Quereis que yo os lo diga!...
Yo, que en mi lecho reposando estaba;
que á vuestra voz despierto, y con gran prisa
corro hasta vos, y vuestro propio lábio
me da el primero la fatal noticia!...
Ped Dios mio!.. Qué recuerdo!...
(D. Pedro toma la mano de doña María, abre la sortija y la ve vacía)
Desgraciada!...
El tósigo mortal de su sortija
heló su sangre; que su amor inmenso
sufrir no pudo la inconstancia mia.
Ab. El orgullo y los celos la mataron:
no sin venganza; con feroz perfidia.
Ped Respeta ese cadáver, descreido,
ó tu lengua mordaz haré ceniza.
Ab. Perdonadme, señor, ella ha deshecho
la mas bella esperanza de mi vida;
la perla de inocencia casta y pura
que en la mansion de Alá radiante brilla!
Ped. Perro traidor, aun su candor ensalzas!...
Pretendes engañarme todavía,
cuando sabes, cual yo, que su pureza
llevó su amante tras de sí hecha trizas!
Ab. Zoraida deshonrada!.. Atroz calumnia!...
Quién se atrevió á decir ..?
Ped. Quien no mentia:
la mujer que tu encono ya no teme;
la que me reveló tu torpe intriga.
Ab. Qué estraño que emplease la calumnia
quien mata por vengarse, y se suicida?...
Ped. No calumniaba, no, cuando invitaba
la falta á oir de la culpable misma.
Ab. Mas cuando vió imposible que una mora
se deshonrase con atroz mentira,
mata inhumana, y orgullosa muere
primero que volver á vuestra vista.
Aun me acusais, señor!... En holocausto
de la amante celosa y vengativa,
en aras de su amor, verted mi sangre,
premiad así mi lealtad sumisa!
(A los cortesanos.)
Y vosotros, señores, que testigos
sois de mi humillacion y mi desdicha,
como en la lid lo fuisteis de mi arrojo,
la recompensa ved de mis fatigas.
(Se arrodilla y toma la mano de Zoraida.)
Tú, inocente paloma, que el Alcázar
del grande Alá, por tu virtud habitas,
recibe el llanto que del alma vierte
el que en el mundo te sirvió de egida!...
Es ilusion!... No... no!... Un prodigio!...
Un prodigio, señor; ella respira!...
Zoraida vive!...
Ped. Vive!..
Ab. Estoy cierto:
el pulso late; el corazon palpita.
Ped. A un médico llamad; que venga al punto!
Ab. Deteneos! .. Señor, la raza mia
no consiente que manos nazarenas
toquen el cuerpo de la casta víctima;
á la ilustre doncella sarracena
mi mano sola de tocar es digna.
Ped. Sálvala, Ab-del; oirla necesito.
Ab. La oireis, sí señor; quiero que viva;
ella hará la defensa de su honra,
y así, radiante, brillará la mia.
Ped. Prepara, Tello, sepultura honrosa
á la mujer que amé mas que á mi vida.
(D. Tello señala á cuatro escuderos el sillon en que yace doña María, y se van con él por la puerta derecha. Todos los demás de la servidumbre siguen detrás)
Hablar quiero á Zoraida, Ab-del, comprendes?...
Cuando recobre la palabra, avisa.
(Ab-del se inclina, y D. Pedro se va por la misma puerta que lo hicieron los anteriores. La estancia queda con luces)

ESCENA VIII.

Ab-del, Zoraida.

Ab. Te avisaré si cede á mis deseos;
si no.. que Alá su confesion reciba.
(Se arrodilla detrás de Zoraida y la hace aspirar una esencia, que la hace volver en sí poco á poco.)
El hombro hirió el puñal muy levemente;
bien pronto sanará.

ZOR. Ay!...
AB. Vida mia!...
Zoraida!...
ZOR. Dónde estoy?...
AB. Alza la frente;
vuelve á tu tierno padre la alegría,
que pesaroso en tu dolorse siente,
y una palabra de tu lábio ansia.
ZOR. Transido siento el corazon!... Ilelado!...
Respiro apenas... y un dolor... Qué es esto!...
(*Se toca el hombro herido, y con un esfuerzo logra levantarse. Ab-del la sostiene en sus brazos.*)
Herida!... Herida estoy!...
AB. Pierde cuidado;
tu leve herida sanará muy presto.
ZOR. Pero quién contra mí su brazo airado
ha osado levantar?...
AB. Nombre funesto
fué siempre para mí; y hoy, mas que nunca,
á pronunciarle el lábio se resiste.
ZOR. Quién fué?... Decid, decid!...
AB. Doña Maria.
ZOR. Imposible, señor!...
AB. No la creiste
capaz de tan inicua villanía!...
Pobre inocente!... Mal la conociste!...
De tu virtud celosa, y tu belleza,
separarte del Rey fué su deseo
y deshonrarte quiso con vileza.
No pudiendo cubrir con baldon feo,
por la frustrada fuga, tu pureza,
clandestino te acusa un himeneo.
El Rey D. Pedro tu beldad adora
y á su sólio real quiere ascenderte,
siendo tu esclavo él, tú su señora;
y no pudiendo tu rival perderte,
ni sierva ser de nuestra raza mora,
despues de herirte cruel, se dió la muerte.
ZOR. Ella muerta!... Mi amiga!... Mi esperanza!...
Vos, vos culpable sois; sí, yo os acuso!...
Que venga el Rey y esgrima su venganza;
que su amor y su trono yo rehuso;
que unida estoy de amor por alianza;
que mi enlace María no supuso;
todo esto le diré, y que yo prefiero
de mi adorado esposo una mirada,
al rey que domináre el mundo entero.
AB. Calla, infeliz!... Tú!... Tú, predestinada
á entregar á tu ley al pueblo ibero,
á un nazareno vil verte postrada!...
Tú, pudiendo ensalzar el poderio
de tu raza y tu Dios, siendo señora
de Castilla y su Rey!...
ZOR. El pecho mio
al mismo Dios adorará que adora
el que es dueño y señor de mi albedrio.
Cristiana soy; sabedlo desde ahora.
(*Ab-del, asiéndola del brazo furiosamente.*)
AB. Tú, maldita mujer!... No, no; insensato!...
Lo que digo no se... Pobre criatura!...
Perdona de mi celo el arrebato!...
Ven conmigo, Zoraida, y pronta cura
aplicará á tu herida mi conato;
que ciega tu razon la calentura.
(*Se la lleva por la puerta izquierda. Muzaron salta por la ventana de la galeria del foro; reconoce cuidadosamente la escena y vuelve á dar aviso á su amo, que entra por el mismo sitio despues.*)

ESCENA IX.

MUZARON, *y á poco* AGENOR.

MUZ. Subid, señor.
AGE. A nadie has divisado?
MUZ. Nadie se vé; pero cercano ruido
por ese corredor he advertido;
(*Señalando á la puerta derecha*)
debemos caminar con gran cuidado.
AGE. Inútil precaucion; jugado habemos
llegando aquí, cuanto arriesgar podemos.
MUZ. Matando fué la entrada; á la salida,
si el cielo no proteje nuestra suerte,
tambien, señor, asistirá la muerte.
AGE. Tiemblas ahora?...
MUZ. Ni ahora, ni en mi vida
he sabido temblar; y si otro osára
hacerme esa pregunta, le matára.
Vos sois testigo de mi serenidad y mi entereza
Tembló mi mano en el vecino muro?...
No fué mi dardo al musulman, seguro,
que velaba el jardin con sutileza?...
AGE Con gusto, Muzaron, temblar te viera,
yo, que siento el temor por vez primera.
Aquí Zoraida está, bajo este techo,
el áura respirando que respiro;
el alma la sintió y en un suspiro
volando fué á sus piés desde mi pecho.
Sin alma estoy, y el pánico me aterra;
yo, que el laurel de cien batallas ciño,
temblando voy como inocente niño
tras aquel corazon que mi alma encierra!...
Zoraida, dónde estás!...
(*Voz de Zoraida dentro, y ruido de pasos por la puerta opuesta. Un momento de pausa, en que los dos fijan su atencion por opuestos lados*)
ZOR. Ay!...
AGE. Has oido?...
MUZ. Pasos siento, señor, por este lado!...
AGE. Es ella, Muzaron!... No me he engañado.
Por aquí...
(*Quiere entrar en el aposento de Zoraida. Muzaron se interpone y le arrastra en pos de sí hasta ocultarse en el fondo de la galeria.*)
MUZ. No, por piedad, ó todo se ha perdido.
(*Al mismo tiempo que sale D. Pedro por la puerta derecha, se presenta por la izquierda Zoraida huyendo de Ab-del, que la sigue con un puñal en la mano. D. Pedro se interpone entre ambos; Zoraida se arrodilla á sus piés. Ab-del guarda el puñal y queda confundido en presencia del Rey.*)

ESCENA X.

ZORAIDA, D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ.

PED. Qué es esto, Ab-del!... Por qué, Zoraida bella,
te presentas tan tímida á mis ojos,
y marcas en la alfombra humilde huella,
si órdenes para mí son tus antojos?...
Reina del Rey, que en tu belleza adora,
levanta ya del suelo la rodilla;
que no humillarse debe la señora
que ansioso espera el trono de Castilla.
ZOR. No, D. Pedro, jamás! Es imposible...
No aumenteis de mi padre la violencia;
que á vuestro amor me manda ser sensible,
y amenaza cruel mi resistencia,
Ese amor, ese trono, esa grandeza
que ofreceis generoso á mi albedrío,
rehusar me aconseja la nobleza

que guarda con orgullo el pecho mio.
Vos, caballero sois; de vos reclama
proteccion esta débil criatura,
que ya no os puede amar, porque otra llama
arde de amor aquí, constante y pura.
Ligada al hombre que idolatra el alma
por lazos que el amor ha consagrado,
de mártir me podreis ceñir la palma
sin que haya su memoria profanado.

PED. Tranquiliza, Zoraida, tus temores;
que no cruel me verás, sí justiciero,
castigo dando á infieles servidores
y amparándote á ti cual caballero (*Pausa.*)
Ya oiste, Ab-del, que sin forzar su lábio,
esa declaracion que hizo María,
Zoraida repitió... No por agravio,
por celos ni rencor ella mentia.
Ni el veneno guardado en su sortija
pudo precipitar en sus entrañas,
ni atentar á la vida de tu hija!...

ZOR. Ella!... No, no!...

PED. Ya lo oyes... Tú me engañas!...

AB. (Perdido soy!)

PED. Zoraida, retirada
descansa en tu aposento y vé tranquila,
que ya del gavilan la furia airada
la paloma calmó; su bien vigila.

(*D. Pedro acompaña á Zoraida á su aposento. Ab-del les observa abstraido en sus pensamientos, hasta que llama su atencion Hisem, que sale por la puerta derecha.*)

ESCENA XI.

AB-DEL, HISEM.

HIS. Señor, el bravo Haliz, ese soldado
que en la paz y en la guerra os ha servido,
traidoramente ha sido asesinado!...

AB. Haliz! .. Mientes, Hisem!...

HIS. No os he mentido.

AB. Venganza, Hisem!... Venganza aterradora! ..
Triunfemos de una vez de esos cristianos,
que con ingratitud vil y traidora
pagan nuestros auxilios mahometanos.
Nuestras guardias reune, y de improviso
siembren la muerte en la cristiana gente;
y perdamos las vidas, si es preciso,
primero que humillar la altiva frente.
(*Hisem se va con precipitacion.*)
Echada está la suerte; no me arredro;
si propicia me asiste la fortuna,
hoy á la tumba bajará D. Pedro,
y en Castilla alzaré la media luna.

(*Sale D. Pedro, da algunos pasos hácia Ab-del y se queda contemplándole breves momentos.*)

ESCENA XII.

AB-DEL, D. PEDRO.

PED. Cuenta vengo á pedir á mi privado
de la fidelidad con que servia
á su Rey y Señor; razon espero
que su traicion disculpe y su perfidia.
Quiero al momento conocer el nombre
del asesino vil de la Padilla;
quiero rasgar el velo que le encubre,
y quiero hacer patente mi justicia.

(*Ab-del se inclina dando muestras de ignorar lo que le pregunta.*)

Perro traidor!... Con el servil silencio
ante tu airado juez te justificas!...

AB. Y qué quereis qua en mi favor alegue
que de vuestro rencor calme la ira?. .
Ignorante me hallaba de ese lazo
que reveló con candidez sencilla
la inocente Zoraida, é ignorante
de la fatal pasion que su alma abriga.
De la muerte, señor, de vuestra dama,
el arcano mi mente no adivina,
y mi lábio leal, solo responde
si la conciencia y conviccion le guian.

PED. Hipócrita malvado! No conoces
que tu falácia mas y mas me irrita?...
Pretendes engañarme nuevamente
cubriendo tu maldad con la falsia?...
No lo conseguirás: tu hora ha llegado;
la sangre que vertistes, homicida,
tu sangre está pidiendo, que á mi oido
un eco funeral, venganza, grita.

AB. Cuándo, señor, mi mano se ha manchado
sin órden vuestra?. . Señalad la víctima ..
De D. Fadrique y doña Blanca, fuísteis
verdugo solo vos; yo la cuchilla.

PED. Ah!... Perro descreido, osas aleve,
para castigo á la memoria mia,
traer esos espectros inmolados
á tus consejos en fatales dias! ..
Calla, lengua infernal! Oh! Quién hallára
tormentos que calmasen mi avaricia
para hacerte penar, y recrearme
prolongando con ellos tu agonía! ..

AB. Si vos no los hallais, yo, afortunado
mas que vos, los hallé, Rey de Castilla;
y gozo en la amargura que os devora,
primero que quitaros trono y vida.
(*Desenvaina su daga y amenaza al Rey.*)
Prepárate á morir ..

PED. Traidor cobarde!...

(*Zoraida sale con precipitacion de su estancia y se interpone entre los dos. Ab-del la rechaza violentamente.*)

ESCENA XIII.

AB-DEL, D. PEDRO, ZORAIDA.

ZOR. Señor!... Señor!. . Qué haceis!...

AB. Aparta, quita;
la hora llegò del triunfo y la venganza;
Alá con su poder mi brazo asista.
Orgulloso léon, del tigre airado,
qué mano ya te arrancará?...

(*Va á herirle; D. Pedro se retira hácia el foro y sale Muzaron, que se interpone entre los dos, hiriendo á Ab del con la daga que trae en la mano. Despues se presenta Agenor con su espada desnuda.*)

ESCENA XIV.

Los de la anterior, MUZARON *y* AGENOR.

MUZ. La mia!...

AB. Ah!... Muerto soy!...

PED. (*Corriendo á la puerta derecha.*)
Mis guardias, acudid!...

AGE. D. Pedro, no temais!...
(*Zoraida le reconoce y se precipita en sus brazos.*)

ZOR. Ah!...

AGE. Zoraida mia!...

(*Ab-del, herido y desesperado, llega trabajosamente al sillon y se deja caer en él.*)

AB. Maldicion!... Maldicion!... Ella en sus brazos,
y el mio sin vigor!... Hora maldita!...

PED. Con qué intencion entrásteis, estranjeros, furtivamente en mi castillo?...

AGE. Oidla.
Amigo fui del noble D. Fadrique,
y á su servicio hallábame en Coimbra,
cuando el pérfido Ab-del, por órden vuestra,
á invitarle llegó, y partió á Sevilla.
Ya sabeis lo demás!... Allí á Zoraida
vi por primera vez, y el alma herida
se sintió de su amor, amor constante
que nunca olvidaré; juró ser mia;
Dios escuchó su santo juramento,
pero de ella el destino á huir me obliga.
Devolverla á mi amor me prometieron,
y al cumplirse la trégua prometida
sin que á Zoraida viera, á Búrgos corro,
recibo allí de su mansion noticia;
en alas del amor y de los celos
llego al castillo, y con la ayuda amiga
de mi escudero fiel, asalto el muro
que dá al jardin; y en esa galeria,
oculto breve rato, he descubierto
de ese moro traidor la alevosía.

(Voces dentro de muera D. Pedro, viva Ab del-Motri, y otras en contrario sentido. Ruido de armas que se aumenta progresivamente.)

Oid, oid, señor; por sus secuaces
vuestras guardias han sido sorprendidas.

PED. Generoso francés, tuya es Zoraida,
y mi fiel amistad.

AB. Rey de Castilla,
con qué derecho, contra mi mandato,
le concedeis la mano de mi hija? ..
Es vuestra esclava acaso? ..

PED. Tú, su padre?...
Vil impostor, la rama esclarecida
del bravo Mahomet, rey de Granada,
pretendes envolver en tu mancilla!...

AGE. No es tu padre, Zoraida!...

ZOR. No es mi padre!...

AB. Oh! Castigo cruel de mi avaricia!...

(Crecen las voces.)

Lidiad, soldados!... Alcanzad el triunfo
y vengad el dolor de mi agonía! ..

PED No triunfarán, que á esterminarlos corro!

AGE. Tomad, señor, mi espada; y si mi vida
en la contienda os fuese necesaria,
con mi brazo contad.

PED. Quién cuidaria
en tanto de tu esposa, si la suerte
no quisiera esta vez serme propicia?...
Sé su guarda, Agenor; tu espada admito,
que de mi brazo vencedor es digna.

(D. Pedro toma la espada de Agenor y se va por la puerta derecha. Muzaron desnuda la suya y se queda en el dintel de la misma puerta.)

ESCENA ÚLTIMA.

AB-DEL, ZORAIDA, AGENOR, MUZARON.

AB. Compadece, Zoraida, de tu padre
el tormento cruel que martiriza
sus últimos instantes!... Si el deseo
de encumbrarte en el trono de Castilla
ha sido mi ambicion, al despedirme
de este mundo falaz, solo se cifra
en tu filial amor... Ven, y en mi frente
un ósculo de paz tu lábio imprima.

(Zoraida se compadece y da un paso hácia él. Agenor la detiene)

AGE Hija de Mahomet, rey de Granada,
en ese mónstruo á tu verdugo mira.

AB. Cristiano, ten piedad!... Oh!... Si pudieras
leer, Zoraida, en mi alma arrepentida,
el paternal amor en que rebosa,
con tierno y puro amor le pagarias!

ZOR. Señor, morid en paz; no os aborrezco!...

(Ab-del, haciendo un esfuerzo, se arrodilla, sosteniéndose en el sillon donde estaba sentado.)

AB. Gracias, Alá, te doy!.. Ven, hija mia!...
Déjame al espirar tocar tu mano...
Última gracia es, que de rodillas
te suplica tu padre moribundo!...

(Se oyen repetidas voces de viva el Rey! viva D. Pedro! y una marcha triunfal de instrumentos bélicos se va oyendo cada vez mas cercana, sin terminar hasta que cae el telon.)

MUZ. Al fin triunfó D. Pedro!... Viva! viva!...

AB. Hay infierno mayor!... Hay mas tormentos!...

ZOR. No puedo mas, señor!...

(Pasa precipitadamente y se arrodilla. Ab-del apoya en su hombro la mano izquierda y saca el puñal con la derecha; pero al tiempo de amenazar á Zoraida, Agenor detiene el golpe, y Ab-del cae desplomado diciendo el último verso.)

AB Hija maldita!...

ZOR. Agenor!... Agenor!...

AGE. Ven á mis brazos!...

ZOR. Tú eres mi salvador!...

AGE. Tú eres mi vida!

FIN.

MADRID.
IMPRENTA DE M. ALVAREZ—ESPADA—6.
1861.